

ELOGIO FÚNEBRE

Y OTRAS PIEZAS ENCOMIÁSTICAS

DEL

ILLMO. Y EXCMO. SR. DR. DON

PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

ARZOBISPO DE MEXICO

POR

EL OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ



MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

AVENIDA DEL 5 DE MAYO NUM. 9

1891

05

27

BX4705

.L3

M6

C.1

101727



1080024248



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ELOGIO FÚNEBRE

Y OTRAS PIEZAS ENCOMIÁSTICAS

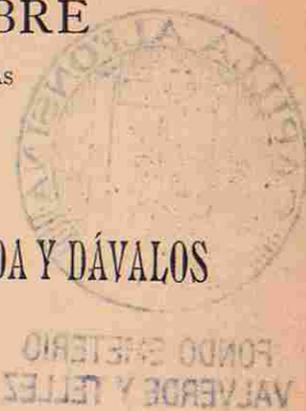
DEL
ILLMO. Y EXCMO. SR. DR. DON

PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS

ARZOBISPO DE MEXICO

POR

EL OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MÉXICO
IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE
AVENIDA DEL 5 DE MAYO NUM. 9
1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

B. V. 4705
. L3
H6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



EDICION DE 400 EJEMPLARES NUMERADOS.

Ejemplar Núm.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSTARIA
U. A. N. L.



CARTA-PRÓLOGO

AL EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE,
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

MUY SEÑOR MIO Y RESPETADO COLEGA:



IGUIENDO el consejo de Vd., he mandado hacer una edición especial del ELOGIO FÚNEBRE DEL ILLMO. Y EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO LABASTIDA, que pronuncié no ha mucho en la Iglesia Metropolitana de México. He añadido otras piezas encomiásticas del egregio difunto, que compuse poco antes y poco después de su muerte; y al enviar á España estas pobres lucubraciones, las pongo bajo el alto patrocinio de Vd.

101727

Al publicarse por primera vez en este país, suscitaron, como dije á Vd. en Madrid el verano pasado, terrible tempestad. Sobre el *Elogio Fúnebre*, especialmente, cayó una granizada de amargas censuras, en que más bien que de criticar el discurso se trataba de herir al orador.

Entre la multitud de censuras que me dirigió la prensa de México, había dos observaciones que sí me hicieron mella, y que sometí al alto juicio de Vd. ¿Debí, como decían mis críticos, ocultar ó disfrazar la verdad, para que en todo y por todo apareciera mi héroe grande, feliz, afortunado, sin que la menor sombra empañara la auréola de que convenía circundarlo? ¿Falté á los preceptos retóricos al hacer un paralelo de los Arzobispos de México y de Michoacán, en que el primero queda bajo ciertos aspectos deslucido? ¿Hice mal en poner á los Prelados Mexicanos en parangón con San Basilio y San Gregorio, no pudiendo elevarlos al nivel de estos dos luminares de la Iglesia Griega?

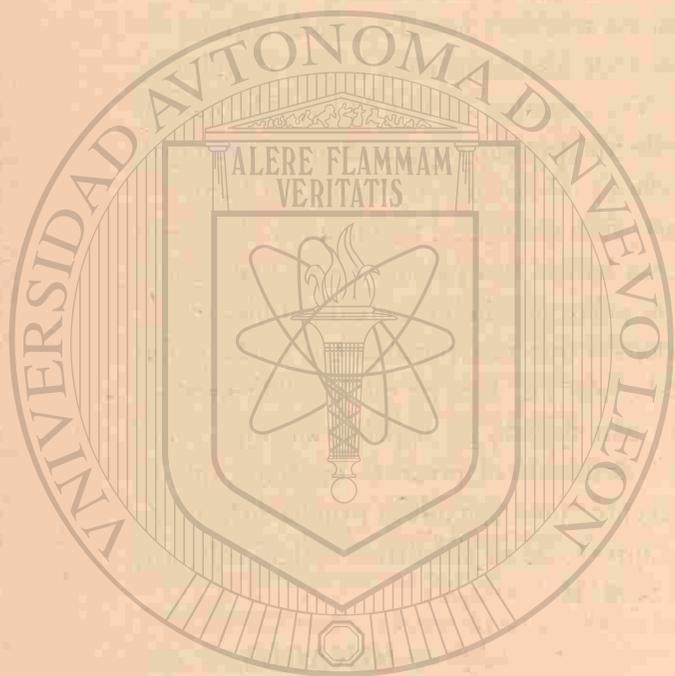
Grande fué mi satisfacción al ver que la opinión de Vd. era diametralmente contraria á la de mis censores. Las reminiscencias de San Basilio y San Gregorio, que aquí se tacharon de vano alarde de inoportuna erudición, merecieron de Vd. grandes encomios. En el paralelo de los Arzobispos Munguía y Labastida nada pierde el último, en concepto de Vd. Me explicó Vd. extensamente que hay gran

diferencia entre el panegírico de un héroe pagano y el elogio de un personaje cristiano. Si en aquél hay que alabar todo y ocultar los defectos, en éste la exposición sencilla y verídica, aun de algunas debilidades, cede finalmente en su honor. Por último, convino Vd. conmigo en que al hacer la oración fúnebre de un Prelado, cuya misión fué principalmente política, el discurso tenía que ser *político*; y que habría sido absurdo el pintarlo tan sólo como Obispo, sin hablar una palabra de los hechos que forman la parte más importante de su historia.

Los elogios que una persona tan docta y tan imparcial como Vd., hizo de mi humilde producción, me han llenado de legítimo orgullo, y me mueven á dedicarle el presente opúsculo, que le suplico acepte como una nueva prueba de la admiración y aprecio de su afectísimo amigo, colega y S. S. Q. S. M. B.

✦ IGNACIO,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.

San Luis Potosí, Octubre 1.º de 1891.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

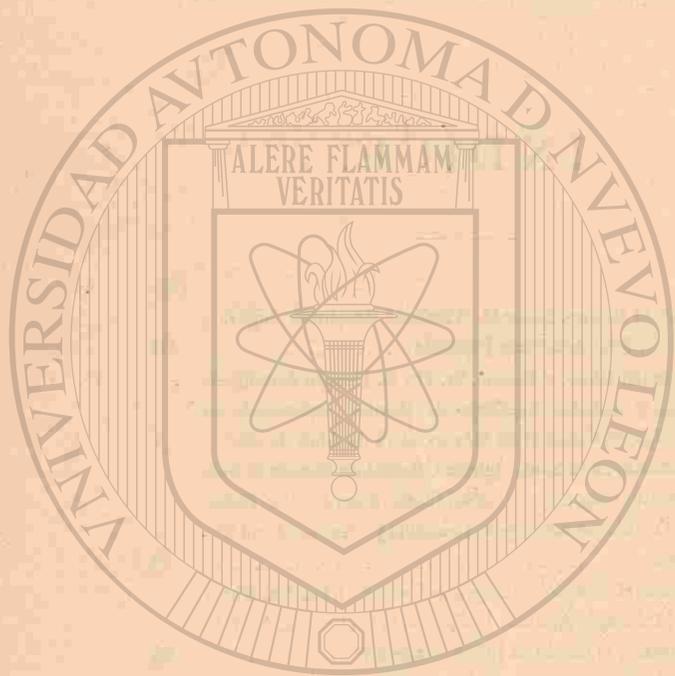
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ÍNDICE.

	Págs.
Carta-prólogo al Excmo. Señor D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, de la Real Academia Española.....	III
Elogio fúnebre del Illmo. y Excmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, pronunciado en la Santa Iglesia Catedral de México, el 18 de Abril de 1891..	1
Homilía predicada en la Santa Iglesia Catedral de México el 8 de Diciembre de 1889, con motivo del Jubileo Sacerdotal del Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México.....	63
Diálogo con que el Colegio del Sagrado Corazón felicitó al Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, el día de su Jubileo Sacerdotal.....	89
Brindis recitado en el banquete dado por el Sr. Arzobispo el día de su Jubileo.....	103
Discurso leído en la distribución de premios del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús de México, el 2 de Agosto de 1891.....	105
Plegaria leída en la velada literaria celebrada por el Círculo Católico de México, el 9 de Diciembre de 1889.....	113





ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILLMO. Y EXCMO.

SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE MEXICO, PRONUNCIADO EN LA SANTA
IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO, EL 18 DE ABRIL
DE 1891.

*Similis illi non fuit ante eum rex. . .
neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.*

No hubo entre sus predecesores un príncipe que le fuese semejante, ni después de él se levantó otro que se le pareciese. Sin embargo, no depuso el Señor su terrible enojo y grande indignación contra su pueblo.

IV. REG. XXIII, 25, 26.

ILLMOS SEÑORES:¹

El Señor no quiso escuchar nuestras oraciones. Paréceme ayer, cuando congregados en esta misma Basílica, celebrando el jubileo sacerdotal del Pastor vene-

¹ Los Illmos. Sres. Arzobispo de Michoacán, Obispo de Puebla que oficiaba de Pontifical, y Obispos de Veracruz, Chilapa y Zacatecas.

rado que hoy lloramos difunto, clamábamos en coro, como en otro tiempo los fieles de Hipona en torno á Agustín: *Te patrem, te episcopum*. Aun oigo el eco de mi propia voz, cuando desde esta misma cátedra os invitaba á solemnizar, al cabo de diez y seis años, el quincuagésimo aniversario de su consagración episcopal. Al verlo, á pesar de su avanzada edad, tan lleno de salud y de fuerzas; al considerar, sobre todo, que en las tristes circunstancias que afligen á la Iglesia Mexicana, la vida del prudente Prelado era necesaria no sólo á su diócesi, sino á la República entera, ¿quién habría juzgado temeraria la súplica que dirigimos á Cristo, Príncipe de los Pastores, rogándole que prolongara los días del piadoso anciano? *Exaudi Christe, Pelagio vita*, fué en aquel inolvidable día nuestra postrer plegaria. ¡Ah! De seguro subió contaminado el incienso de nuestras oraciones. Las desoyó el Señor, y el Ángel de la Iglesia de México respondió sin duda indignado: “La vida, nó; la muerte es el destino que aguarda muy en breve á ese Pastor que no habéis sabido merecer; á ese Príncipe cuyas altas cualidades de nada han servido para hacerlos felices. Como en los tiempos del rey Josías, no ha depuesto Jehová su terrible enojo, *non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni*.

Un Pontífice que no ha tenido semejante entre sus predecesores, *similis illi non fuit antea*, pudo haber labrado la dicha de la grey que gobernó tantos años, del país entero, en que breves días reinó como príncipe temporal, en cuyos destinos ejerció siempre altísima influencia. Pero vosotros no cooperásteis á la obra de regeneración que él de tantos modos y en diversas épocas emprendiera, y es justo que el Señor os lo arrebatase después de tan largo esperar. ¡Pueblo mexicano! Jesucristo no acepta tus oraciones: *Pelagio mors*.”

Bendita sea la Providencia que sabiamente nos oculta nuestros destinos, y no permitió llegara á nuestro oído el fatal oráculo. No se empañó el purísimo gozo que en aquellos días nos animó, con la menor sombra de tristeza. Antes bien, al verlo, rejuvenecido y radiante de satisfacción, volver á visitar los lugares en que se deslizó su niñez, y emprender viajes ya poco acostumbrados; al ver que, lejos de perder, recobraba sus fuerzas, y que huían de su hogar aun las enfermedades propias de la vejez, creímos que el cielo había escuchado nuestras plegarias y que por largos años gozaría la Iglesia Mexicana de la paz comparativa que le procuraban el fino tacto y el inmenso prestigio del Pastor de su principal Metrópoli. ¿Qué digo? Tres

semanas apenas, antes que la muerte segara su preciosa existencia, mis ojos lo vieron tan mejorado de sus dolencias, mis oídos escucharon tan lisonjeras palabras de sus propios labios y de los médicos que lo rodeaban, que en vez de permanecer á su lado, como era mi intento, partí lleno de esperanzas y me interné en los espesos bosques que adornan una parte de mi diócesi, seguro de poseer todavía varios años al que había sido siempre mi amigo, mucho tiempo mi Padre, y casi cuatro lustros mi hermano.

¡Vanas ilusiones! Hasta las selvas que me ocultaban con su espesura llegó el gemido de dolor que, en los momentos que menos esperaba, lanzó la acongojada Iglesia de México, al saber la muerte de su amado Pastor. ¡Oh! ¿Por qué no me fué concedido, ya que no recoger su último aliento, dar á sus venerados despojos el adios postrero antes que los encerrara para siempre la tumba? Quédame al menos el triste consuelo de pregonar sus loores en este día tan amargo como solemne.

Gracias, Venerable Cabildo Metropolitano, por haberme proporcionado los medios de cumplir con la promesa que, desde que vivía, tenía yo hecha al ILLMO. Y EXCMO. SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS, XXXI ARZOBISPO DE MÉXICO, PRELADO DOMÉSTICO

DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, PATRICIO ROMANO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA EXTINGUIDA DE GUADALUPE Y DEL SANTO SEPULCRO, de ser yo quien pronunciara su oración fúnebre, si el Señor me concedía sobrevivirle.

No se me esconden las dificultades de la misión que se me ha encomendado, ni los riesgos á que me expone una honra con tanto ardor apetecida, precisamente por ser tan peligrosa. Tratándose de la vida, llena de vicisitudes, del que fué Jefe de un partido vencido y actor principal en una empresa desgraciada, no bastarán todos los elogios que pueda tributarle como sacerdote y como Obispo, para librar al esclarecido varón, y á su humilde panegirista, de las saetas de nuestros adversarios y aun quizá de no pocos amigos. Sin embargo, quiero cumplir con el deber filial de vindicar su memoria ante esa tumba recién abierta, y de manifestar á todos sus altas dotes y preclaras virtudes. Quiero, si para tanto me da fuerzas el Divino Espíritu, haceros ver, que ni antes que él se sentó en la silla arzobispal de México un Prelado más grande, ni es fácil que más tarde venga ninguno que se le parezca. *Similis illi non fuit ante eum rex. . . . neque post eum surrexit similis illi.* Con

todo, no logró, como otros, el éxito de sus colosales empresas en la Iglesia y en el Estado; pero no fué por falta de genio, ni de previsión, ni de tacto, sino porque la ira del Señor, justamente encendida contra su pueblo, permaneció y aun permanece viva. *Veruntamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.* Me propongo seguir el orden de los acontecimientos, y decir, como lo exigen mi sagrado carácter, el respeto debido á este templo y la majestad de esa tumba, la verdad, toda la verdad, únicamente la verdad. Imploro la benevolencia de mi auditorio y pido una tregua, nada más que una tregua, á los enemigos de la Iglesia y del difunto Pastor.

Zamora, ciudad episcopal hoy día, entonces villa de la diócesi de Michoacán, tuvo la dicha de mecer la cuna del que tanta prez había de darle, y de abrir sus ojos un hermoso día de primavera del año de 1816. Era casi el último de los hijos con que el Señor quiso bendecir el fecundo matrimonio de D. Luciano Labastida y Doña María Luisa Dávalos y Ochoa. Se me

figura percibir entre mi auditorio á algunos de los distinguidos seglares que, no hace aún ocho meses, estaban pendientes de los labios del lamentado Pastor, quien nos contaba interesantes episodios de su niñez. ¿Recordáis el cumplido elogio que nos hizo de las severas costumbres de sus padres, y de la castidad que aun en el matrimonio guardaban? ¿Qué mejor herencia podían dejar á su hijo predilecto? ¡Cuán grabados quedaron sus ejemplos en el ánimo esclarecido del digno eclesiástico, y cuán fácilmente se podía descubrir que era vástago puro de tronco sin mancha! Con razón la Iglesia no franquea la entrada del Santuario sino á los frutos de casta y legítima unión. Que tal era el niño Labastida y Dávalos, se revelaba en sus purísimas costumbres, su modesto continente y sus altas virtudes. Tal atestiguaba el digno cura de Ixtlán, quien enseñó á su tierno sobrino, juntamente con las primeras letras, las humanidades, y descubrió en su alma el germen de la vocación eclesiástica.

Quince años contaba el futuro Arzobispo, cuando fué enviado á la Capital de la diócesi á estudiar la filosofía y el derecho. Era entonces el Seminario de Morelia célebre en todo el país, y como la mayor parte de los ateneos eclesiásticos en aquella época, podía llamarse Uni-

versidad más bien que colegio clerical. Educábanse allí jóvenes destinados al mundo; y si para ellos era ventajosa la compañía de los aspirantes al sacerdocio, no puede afirmarse que la disciplina del establecimiento ganase con semejante mezcla, hallándose en mayoría los seculares poco devotos y morigerados. Tal al menos aseguraba el difunto Arzobispo á los Prelados reunidos hace diez y seis meses en esta Capital, cuando tratábamos de las reformas de nuestros seminarios y de las que él introdujo en los de México, Puebla y la misma Morelia. Con vivos colores nos pintaba su confusión y amargura al verse en medio de aquellos traviesos y poco delicados mozaletes, sus amargas lágrimas y las súplicas que dirigiera á su buen padre para que lo restituyese á la quietud y sencillos hábitos de su nativa aldea.

No de otra suerte se lamentaba San Basilio, los primeros días de su permanencia entre la desenfrenada juventud de la antigua Atenas. "Acaece á menudo, dice su panegirista y amigo San Gregorio Nazianzeno, acaece á menudo cuando nos formamos una idea muy alta de las personas ó de las cosas, que al ver la realidad, hallamos todo muy inferior á las esperanzas que habíamos concebido. *Humani affectus est, cum, magnis quibusdam rebus spe conceptis, in eas su-*

bito incidimus, opinione nostra inferiores eas videre. Tal sucedió á Basilio, sobre todo después de los asaltos de los turbulentos Armenios. Su aflicción era grande, inmensa su angustia, y ya le pesaba haber venido á esa Atenas que tan deliciosa se había forjado en sus ensueños y que había disipado una á una sus ilusiones, al acogerlo en su seno. *Mærebat, angebatur, non habebat quod sibi de adventu suo gratularetur. Quærebat quod spe sibi effinxerat: inanem felicitatem Athenas nominabat.* Yo procuraba disminuir su tristeza, ya ablandándolo con razones, ya venciéndolo con argumentos, hasta que logré restablecer la calma en aquel ánimo tan agitado. Entretanto, las pruebas de confianza que uno á otro con este motivo nos dimos, y la mutua benevolencia que nos manifestamos, vinieron á estrechar más y más los fuertes lazos de íntima amistad que desde la infancia nos unían. *Ego autem maximam mæroris partem ipsi adimebam, tum argumentis congredivens, tum rationibus eum mulcens.... Hinc eum ad animi tranquillitatem revocavi, ac benevolentia specimen simul præbens et accipiens arctioribus vinculis mecum astrinxi.*"¹

Lo que para el Magno Basilio fué en Atenas Gregorio, vino á ser para Pelagio Antonio de

¹ Laud. Fun. S. Basilii.

Labastida, en Morelia, aquella otra lumbrera de la Iglesia Mexicana, su compañero en estudios, su colega en el foro, en la curia, en el profesorado, en el coro; su hermano en el episcopado, su colaborador en las grandes empresas en pro de la religión y de la patria, su socio inseparable en los triunfos académicos y en las vicisitudes políticas, en las cortes y en el destierro, en la vida y en la muerte, D. Clemente de Jesús Munguía, primer Arzobispo de Michoacán. Al recordar la fraternal unión de estos dos personajes, nacidos en el mismo lugar, y reunidos de nuevo en el Seminario, prosiguiendo juntos con igual ardor los estudios de filosofía y jurisprudencia, vuela siempre mi imaginación á aquellos dos astros de la Iglesia Griega, cuyos nombres acabo de mencionar, Basilio y Gregorio. Por el contrario, siempre que repaso la elocuentísima oración fúnebre que este último pronunció en honor de su amigo, desaparecen de mi mente el Arzobispo de Constantinopla y el de Cesaréa, y se me figura estar oyendo al insigne Prelado de Morelia, tejer los elogios del Illmo. Sr. Labastida, sobre todo, en lo que se refiere á la historia de su juventud. Juzgad, si no, por los siguientes rasgos, que no puedo menos que presentar ante vuestros ojos.

“¿Visteis dos arroyuelos nacer al mismo tiem-

po del propio manantial, deslizarse luego entre las quebradas de los montes por diversos caminos, apartarse y perderse de vista, y por fin unir de nuevo sus corrientes y reposar en la misma laguna? Así Basilio y yo, nacidos en el mismo lugar, nos apartamos de la patria fuente para buscar la ciencia por diversos rumbos, hasta que en brazos de la Providencia Divina nos unimos de nuevo en Atenas. *Habebant nos Athenæ, velut fluxum quemdam fluminis, ex eodem patrio fonte in diversas regiones doctrinæ cupiditate dissectos rursumque, velut ex composito, Deo videlicet ita impellente, coeuntes.* Sólo dos calles nos eran conocidas: la que conducía al templo y á nuestros espirituales directores, y la que nos llevaba á las aulas y á nuestros maestros en las ciencias y en las artes. Dejábamos libres para los que seguirlos quisieran, los caminos que guiaban al teatro, á las reuniones profanas, á los banquetes, á los espectáculos. Á gloria teníamos el ser cristianos, y el que cristianos se nos llamara. *Magna res et magnum nomen erat, Christianos esse et nominari.* Cada uno de nosotros era *el todo* para su compañero. Vivíamos en el mismo alojamiento, comíamos á la misma mesa, uno era nuestro modo de pensar, uno nuestro sentir. *Uterque alteri quidvis cramus, contubernales, convictores, concordés, unum idemque spectantes.* Nos

animaba á entrambos el mismo deseo de adquirir la sabiduría: aspiración que más que ninguna otra suele engendrar envidia aun entre los más íntimos amigos. Y sin embargo jamás conocimos la envidia, aunque dimos rienda suelta á la emulación. El fin de nuestros certámenes no era ver quién alcanzaba la palma sino quién la cedía á su compañero; porque cada uno consideraba suya propia la gloria del otro, y éramos en realidad una alma con dos cuerpos. *Hoc utrique certamen, non uter primas ferret, sed uter alteri eas concederet; uterque enim alterius gloriam pro sua ducebat. Una utrique anima videbatur duo corpora ferens.* En cuanto á mi amigo, grande era entre sus maestros, grande entre sus discípulos: igualaba á aquéllos, superaba á éstos en todo género de doctrina. Gran fama adquirió en breve tiempo, tanto entre la aristocracia como entre el pueblo. Ostentaba una erudición superior á su edad, y superiores á su erudición eran su gravedad y su aplomo. Los filósofos lo veneraban como filósofo consumado, aun antes de terminar la carrera; y lo que es más, lo reverenciaban los cristianos como sacerdote, aun antes de haber recibido la imposición de las manos. *Philosophus inter philosophos etiam ante philosophicæ decreta; et quod maximum est, sacerdos Christianis etiam ante initium sacerdotiæ.*

Ved aquí trazada, por un padre griego, la vida de estudiante del joven zamorano. Ejemplar se muestra durante los tres años que estudia filosofía; ejemplar durante el cuatrienio que consagra á la jurisprudencia. Á su debido tiempo recibe el título de abogado, y á los veintitrés años de su edad es ungido sacerdote por el inclito Obispo D. Juan Cayetano de Portugal.

Extraño parecerá que, teniendo desde temprano decidida vocación al sacerdocio, haya estudiado leyes, en vez de teología, y haya ocurrido á los tribunales por un título académico, más bien que á la Universidad. Preciso es recordar que la íntima unión que hasta hace pocos años reinó entre la Iglesia y el Estado, hacía que las cortes eclesiásticas conocieran de negocios, aun civiles, y que el derecho canónico fuese un ramo indispensable en los estudios de todo abogado. Por otra parte, los grados universitarios eran dispendiosos en extremo; y teniéndose el título de Licenciado en Derecho, expedido por un Tribunal, en tanta estimación como los que daban las Universidades de México ó Guadalajara, muchos se contentaban con el primero. Tal sucedió con los ilustres jóvenes Labastida y Munguía. Á aquél sólo se le dió el grado de Doctor *honoris causa*, después de promovido al Arzobispado de México: éste se con-

sideró siempre muy honrado con añadir á su título prelaticio el de solo Licenciado. Uno y otro en lo particular y sin asistir á las aulas, hicieron sus estudios teológicos; y de que adquirieron en las ciencias sagradas grandes conocimientos, dan pruebas las pastorales de uno y otro, los *Prolegómenos á la Teología Moral* del Illmo. Sr. Munguía.

No se dedicó el Licenciado Labastida á la administración en las parroquias. La enseñanza en el Seminario, diversos cargos en la curia, y más tarde una prebenda en la Catedral, ocupaban el tiempo del joven eclesiástico. No obstante, le agradaba consolar al pecador en el confesonario y acudir al lecho del moribundo.

Entretanto, su amigo Munguía se hallaba ya al frente del Seminario, y uno y otro empezaron á intentar las reformas que hacía tiempo proyectaban. El éxito fué infeliz para el primero. El reglamento por él promulgado suscitó una rebelión general entre los malaconsejados seminaristas, y tuvo aquel ilustre varón que ser sacrificado á las exigencias de la situación. Su compañero el canónigo Labastida fué el único que pudo salvarla; y puesto al frente del eclesiástico plantel, empezó á mostrar aquel tino, aquel espíritu conciliador, aquella dulzura que tanto admiramos en los últimos años de su vida.

Su firmeza resplandeció mientras desempeñó el cargo de promotor fiscal: su misericordia y caridad aparecieron sobre todo cuando fué Juez de Testamentos, hasta el grado de comprometerse seriamente por prodigar á todos sus favores.

Aunque el canónigo Munguía brillaba en el púlpito como estrella de tal magnitud, que parecía imposible que ningún otro pudiera lucir á su lado, no se ofuscó, por cierto, su colega Labastida, y dió repetidas pruebas de una elocuencia sólida y varonil, sin vanos adornos, pero llena de atractivos y de doctrina. Han sobrevivido las oraciones fúnebres pronunciadas por uno y otro en la sentida muerte del inolvidable Obispo Portugal; y aunque menos conocida, ha llegado hasta nosotros la arenga que el Sr. Labastida dirigió al pueblo en el aniversario de la independencía de México. Respira en todas sus palabras tal patriotismo, manifiesta tal entusiasmo por la libertad, que quien ahora la lea la podrá juzgar obra de alguno de los más ardientes patriotas de los últimos tiempos.

Siendo estos dos ilustres personajes tan piadosos sacerdotes como facundos oradores; tan prácticos en los negocios de la curia como expertos en el profesorado; tan hábiles para dirigir las almas en el confesonario como para

guiar las masas en la tribuna, ¿qué mucho que su fama se extendiera á todo el país, y que así el pueblo como los Supremos Poderes los señalasen con el dedo como los más dignos de ocupar las primeras sillas episcopales? El que, mayor en edad, desplegaba también más deslumbradora elocuencia, fué el primero en ascender á la dignidad que tanto merecían entrambos. Muerto el Illmo. Sr. Portugal, fué llamado á sucederle en la silla de Michoacán el canónigo D. Clemente Munguía. Su compañero Labastida, después de haber sido propuesto en terna para los obispados de la misma Michoacán, de Guadalajara y San Luis Potosí, fué por fin presentado para la Mitra de Puebla por el Presidente Santa-Anna, y preconizado por el Sumo Pontífice Pío IX, en el consistorio de 23 de Marzo de 1855, á los 39 años de edad y 16 de sacerdocio.

II

Nos hallamos en Puebla y en el 8 de Julio de 1855. La religiosa ciudad está de plácemes; y aunque acostumbrada, más que ninguna otra á las solemnidades eclesiásticas, la inmensa multitud que se apiña bajo las augustas bóvedas de

la suntuosa Catedral, parece revelar en sus miradas y actitud que aguarda algún espectáculo raro aún en aquella levítita población. En efecto, la Iglesia Angelopolitana, viuda hace largo tiempo, va á desposarse con su nuevo Pastor, quien, aunque unido ya á su mística esposa con lazos indisolubles, aun no ha recibido la unción que le ha de conferir la plenitud del sacerdocio. Dentro de breves instantes será consagrado el nuevo Obispo en su propia Catedral, y á una ceremonia tan augusta por sí y tan imponente, añade nuevo interés la fama de que van precedidos consagrante y consagrado. Se hallan reunidas, en efecto, en el majestuoso recinto, las dos lumbreras de la Iglesia de México, el Illmo. Sr. Munguía, Obispo de Michoacán, y su inseparable amigo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Obispo electo de Puebla de los Ángeles.

Ya están en el altar; ya se han revestido los sacros paramentos; ya el electo ha empezado á prestar el juramento indispensable antes de la consagración. El murmullo que no refrena la santidad del lugar, y la agitación de la turba, impiden oír distintamente las primeras palabras; pero cuando ésta cesa, se le oye decir en voz clara y sonora estas memorables sentencias:

“No venderé las propiedades pertenecientes á

mi Iglesia, ni las daré, ni empeñaré, ni enfeudaré de nuevo, ni enajenaré en modo alguno, aunque en ello consintiera el Cabildo de mi Diócesis, sin el permiso del Romano Pontífice. Y si me hiciera culpable de alguna enajenación, me sujeto á incurrir, por el hecho mismo, en las penas decretadas por la Silla Apostólica *Possessiones ad mensam meam pertinentes non vendam, nec donabo, nec impignorabo, nec de novo infeudabo, vel aliquo modo alienabo etiam cum consensu Capituli Ecclesiae meae, inconsulto Romano Pontifice. Et si ad aliquam alienationem devenero, penas in quibusdam super hoc edita Constitutione contentas, eo ipso incurrere volo.*

Cuán poco piensas, valeroso Pastor, al hacer ante tu pueblo tan solemnes promesas á Dios Todopoderoso, que antes de un año se habrá puesto á dura prueba tu fidelidad á tan terrible juramento. El Señor, á quien invocas al extender tu mano sobre los Santos Evangelios, te dará fuerza y te ayudará en las tremendas luchas á que va á sujetarte tu ardua misión. Sigue, sigue haciendo tu profesión de fe ortodoxa y ofreciendo á Dios y á la Iglesia practicar todas las virtudes, y alejar de tí y de tus ovejas todos los vicios.

1 Pontifical Romano.

Oid cómo le pregunta el consagrante: ¿Quieres custodiar en tí mismo y enseñar á los demás la humildad y la paciencia? ¿Quieres ser afable y misericordioso, por amor del Señor, con los pobres y peregrinos, y con todos los necesitados en general? —“Quiero”— responde por dos veces con esa voz sonora que sale de lo íntimo del corazón; y ese *volo* que hoy profieren sus labios juveniles, lo repetirá anciano, y aun en los momentos mismos de su muerte.

Orad por él ¡oh fieles! Invocad uno á uno á todos los santos, y mientras él yace en tierra postrado, rogad al Señor que se digne bendecirlo, consagrarlo y santificarlo. Dad gracias al Divino Espíritu que se digna comunicársele en toda su plenitud. Ved el Óleo Santo empapar su cabeza y sus palmas. Oid las palabras que al entregarle el báculo pronuncia el Pontífice: “Recibe el cayado pastoral que te sirva para ser piadosamente severo en corregir los vicios.”

¡Ah, buen Pastor! No tardarás en tener que esgrimir este sacro instrumento contra un pueblo ingrato é infiel, que en vano procurará hacerlo pedazos. ¡Cuán pesado va á ser para tí ese cargo pastoral, simbolizado en el libro de los Evangelios que se ha puesto sobre tus hombros; cómo va á quemar tu dedo el anillo con que acaba de adornársele; cómo va á herir tus

sienes esa mitra de espinas con que acaban de ceñirla! Siéntate en ese trono, de que presto intentarán derribarte, y extiende tu mano sobre ese pueblo, que ahora implora tu bendición de rodillas, y en breve la solicitará en actitud guerrera, y con gritos sediciosos.

En efecto. El fragor de las batallas no tarda en escucharse por todo el país; y lo que es peor, al mismo tiempo que la Revolución dirige sus tiros al poder entonces establecido, empieza á asestar emponzoñadas flechas á la Iglesia, encubiertas primero, después sin disimulo alguno. Pacífico en medio de tanta perturbación, el celoso Obispo "se dedica de preferencia al Colegio Seminario, sacando de su propio peculio no despreciables sumas para su fomento. El número de viudas pobres, doncellas sin arrimo, huérfanos y enfermos sin auxilio que socorre de su haber, se conocerá más tarde cuando les haya faltado su insigne protector. Sin desatender los negocios de su propia capital, emprende la visita pastoral, y hace más en pocos meses de agitación y contrariedades, que otros Prelados en largos años de paz y prosperidad."

En esta época concibe el proyecto que varias veces oí de sus labios, de invertir los bienes de

1 Exposición en favor del Obispo de Puebla.

la Iglesia en una vasta red de ferrocarriles, que comunicaran entre sí las diversas ciudades del país, que abrieran al tráfico tantas fuentes ignoradas de riquezas, que nos pusieran en íntima comunicación con nuestros vecinos del Norte y del Sur, y que dieran honra y lucrativa ocupación á los que hasta aquí se habían consagrado á fomentar las discordias civiles.

¡Egregio Prelado! Tu noble pensamiento se realizará; pero muchos años más tarde, por manos casi todas extrañas, y no con los bienes de la Iglesia, que habrán entonces desaparecido, sino con capitales venidos del extranjero, y que en cambio de ventajas innegables disminuirán no poco nuestra libertad é independencia. En cuanto á tí propio, aunque antes no ha surgido en Puebla Pontífice á tí semejante, ni después habrá otro que se te parezca, tus trabajos serán estériles, porque el Señor está irritado con esta generación infiel, y no cesará su furor hasta que la haya castigado duramente: *Non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni.*

La diócesi de Puebla, tan religiosa, y cuyos pobres tantos beneficios reciben de la Iglesia, no puede menos que estremecerse al oír el eco de las primeras leyes contra la inmunidad eclesiástica, y al saber que se pretende arrancar de manos de sus bienhechores las propiedades que

sirven de patrimonio al necesitado. Temerariamente se levantan en armas los más entusiastas; cual los inconsiderados judíos de antaño, *sine consilio exeunt in praelium*: y tras corto sitio y breve campaña, caen en manos del triunfante enemigo.

El *va victis* de las antiguas guerras y de las modernas contiendas civiles, resuena terriblemente en los oídos de los cautivos; pero, ¡cosa extraña! va á herir de lleno y con más furor á la Iglesia de Puebla, y en particular á su Pastor.

¿Que tenía de común el manso Obispo con las turbas armadas? ¿Por ventura cuando lo vito-reaban bajo su balcón, hizo otra cosa que dirigirles palabras de paz y reconciliación? ¿No se le vió atender igualmente á las víctimas de uno y otro bando, curar á los heridos del ejército vencedor y socorrer con inagotable caridad á sus viudas y á sus huérfanos? ¡Ah! Se le acusa de haber fomentado el alzamiento con los dineros de la Iglesia. Afortunadamente escrita ha quedado la victoriosa respuesta que da á sus acusadores, y todavía parece que del fondo de la tumba repite las palabras que al ministro de Negocios Eclesiásticos dirigiera: “En cuanto á los auxilios pecuniarios dados al General, ya indiqué en mi primera exposición, que mientras tu-

vo el carácter de revolucionario, ni un centavo se le dió de los bienes de la Iglesia; pero que cuando en virtud de unos tratados se le entregó el mando de la plaza, y me ví precisado á reconocerlo como gobierno, se le auxilió, como siempre lo he hecho con todos los gobiernos.”

¿Quién dudará, señores, de la veracidad del Prelado? No fué entonces la única vez que se solicitaran subsidios pecuniarios de la Mitra de Puebla, que siempre se ha juzgado más rica de lo que es en realidad. Pero bien saben los caudillos revolucionarios que los Obispos de Angelópolis se han rehusado siempre á obsequiar semejantes exigencias, por simpáticos que fueran personalmente los jefes y por grandes que aparecieran los riesgos á que los exponía una negativa. No tenemos derecho, por tanto, á creer que el Illmo. Sr. Labastida fué una excepción en el cumplimiento de su deber; aunque sí lo fué en el castigo que se le impuso. Bien lo recordáis: empezó por la intervención de parte del Gobierno, de todos los bienes eclesiásticos de su diócesi.

Hay un pasaje en la vida de San Basilio Magno, cuya relación estoy seguro que os llenará de entusiasmo. Amenazado por no sé qué prefecto del Emperador Valente, replicó con estas

memorables palabras: “Me amenazas con la proscripción, el destierro, los tormentos, la muerte. . . si algo más tuvieses á tu arbitrio, puedes con ello amenazarme, porque nada de lo que has dicho me toca. No poseo sino los raídos hábitos que me cubren, y unas cuantas monedas que aún hay en mi rota escarcela. No temo, pues, la confiscación con que me conminas. Ignoro lo que sea destierro, porque mi patria es el mundo. Por otra parte, ni la tierra que hoy piso, ni aquella adonde me arrojares, es mía, sino de Dios; y en una y en otra seré siempre extranjero. ¿Qué mella pueden hacer los tormentos en un cuerpo tan debilitado que al primer azote dejará de vivir? La muerte será para mí un beneficio, porque más pronto me enviarás á gozar de mi Dios. —Jamás, replica el atónito Prefecto, jamás me ha hablado nadie con tanta libertad. — Quizás, repone Basilio, no te has encontrado con un Obispo. Si lo hubieras hallado en tu camino, te habría dado la misma réplica que yo, tratándose de asunto tan santo. Sabe que somos los Prelados mansos y corteses, y más que todo, humildísimos. No digo contra tu Emperador ó contra tí; pero ni contra el más bajo de la plebe osaríamos levantar un dedo. Mas si se trata del honor de Dios ó de su Iglesia, ninguna consideración nos detiene. El fuego, el hierro, las

bestias feroces, lejos de intimidarnos, nos causarán placer y formarán nuestras delicias.”¹

¿No os parece, Señores, estar oyendo las protestas y contestaciones del Obispo de Puebla al ministro de Justicia? ¡Con qué valor defiende á su clero de los cargos de haber fomentado la revolución! ¡Con qué entereza sostiene los derechos que á la Iglesia dió Jesucristo, de poseer y administrar bienes temporales! Estos escritos son el monumento más glorioso que pueda levantarse á la memoria del lamentado Pastor. Otros, que firmó en los últimos años de su vida, se borraron ya de la memoria de los hombres; éstos están grabados en la historia eclesiástica de México con caracteres indelebles. El mismo desenfado con que están redactados, el desaliño de estilo que en ellos se nota, les imprime cierto sello de virilidad y de energía que encantan al que los lee después de tantos años, y debieron hacer temblar á quien entonces los recorría.

“Estoy dispuesto, no de ahora, sino desde el día de mi consagración, á pasar por todos los sacrificios y á sujetarme, con la gracia de Dios, á todas las pruebas antes que faltar en un ápice á mi conciencia y á los solemnes juramentos hechos á Dios,” escribía desde la Habana en Junio de 1856. “Padeces no como ciudadano, sino

¹ San Gregorio Nazianz, ubi supra.

como Obispo (añadía, dirigiéndose la palabra á sí mismo), no por mezclarle en la política, sino por defender á la Iglesia; no porque desobedeces á la autoridad civil en las materias de su inspección, sino porque rehusas dejarla entrar al gobierno de la Iglesia."

No hacía mucho que en Puebla misma, y citando las palabras de su glorioso predecesor, el Sr Vázquez, había dicho: "Si no obedezco, seré odiado de los hombres, y sufriré en lo temporal quizá las mayores penas; pero si desprecio los cánones, si olvido mi obligación como Obispo y como cristiano, mereceré caigan sobre mí la divina indignación y los suplicios eternos." Más tarde (en Julio del mismo año) frente al puerto de Vigo, lanzaba terribles anatemas contra los que intentaran despojar á la Iglesia de su legítima heredad.

¿Desde la Habana, desde Vigo? preguntaréis. ¡Ah sí! El Obispo de Puebla había sido la primera flor arrebatada á su nativo huerto por el vendaval de la persecución. Á sus argumentos, á su lógica contundente, á su autoridad, á su prestigio, se había tenido que oponer esa arma innoble que las potestades vencidas y débiles acostumbra esgrimir contra los Prelados de la Iglesia: el destierro.

¡Gregorio VII, Atanasio, Tomás de Cantua-

ria! redoblad vuestros cánticos de alabanza y acción de gracias al Príncipe de los Pastores, porque vuestro espíritu se conserva en su Iglesia, y los ministros del altar no desmerecen ni caducan, sino que se encuentran todavía á vuestra altura. ¡Crisóstomo! cuando leo tus áureas homilías, mi alma se arroba contemplando tu genio. Cuando me imagino verte en aquella cátedra sagrada desde cuya altura subyugabas las turbas de Antioquía y Constantinopla, te admiro rendido; pero no envidio tu genio colossal ni tus glorias, fuera del alcance de mi pequeñez. Mas cuando te veo desterrado de tu sede, y te sigo por el penoso camino que te obligan á emprender á pie los satélites que te custodian, con tu calva cabeza descubierta y expuesta á los rayos del sol abrasador, entonces sí me devora una santa envidia y quisiera ponerme en tu lugar, y sucumbir contigo ó en vez de tí, á la fiebre fatal que te causan las crueldades de tus perseguidores.

De igual manera, Señores, nunca envidié á mi lamentado Padre y amigo, cuando lo miré brillando en la Corte de Roma, resplandeciendo en el Concilio Vaticano, ó tratando de reconquistar en los últimos años, á fuerza de sacrificios y decepciones, la posición de que en otro tiempo disfrutaran los Arzobispos de México.

Pero sí me enardezco al recordar aquella memorable tarde del 12 de Mayo de 1856, en que fué violentamente arrebatado por fuerza armada á su palacio de Puebla y conducido á Veracruz. Sí lo envidio, al ver que lo embarcan primero en un mal vapor, que se hace pedazos aun antes de salir del puerto, y luego en un lento velero, que tarda quince días para hacer una travesía que en tres habría podido verificarse. Mártir y desterrado lo conocí, y como á mártir aprendí á venerarlo. Tales son las primeras impresiones que recibí del Illmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida, y que no se han borrado en tantos años.

III

Aquí empiezan, Señores, mis reminiscencias personales; y al hablar del lamentado Arzobispo, quizás sea preciso mencionar también mi propio nombre. No hay, empero, peligro de que me suceda lo que temía San Gregorio al elogiar á su íntimo amigo San Basilio, y que al pregonar sus alabanzas publique igualmente las mías. Mi amistad con él fué puramente filial, aun después que el carácter episcopal nos

había en cierto modo igualado, constituyéndonos hermanos. Era grande la diferencia de edad; y en los tiempos á que me refiero, mayor todavía la distancia jerárquica y social que nos separaba. Durante este período, que podemos llamar de su vida diplomática, era yo un mero estudiante, encerrado en mi colegio, y que apenas podía algunas veces acercarme al ilustre desterrado, ya sea para consolarlo en sus penas, ya sea para formar parte de su séquito en alguna solemnidad. Pero jamás me confió sus planes políticos, ni me reveló sus secretos, ni me comunicó sus proyectos. Supe algo, y algo ví; enjuagué algunas lágrimas, y dividí con él algunos goces; pero ni puedo reclamar la menor participación en los grandes méritos que adquirió delante de Dios y de los hombres, ni me alcanzan los vituperios que los que no conocieron su corazón de oro le han dirigido.

Jamás olvidaré la mañana, para mí tan fausta, del 25 de Agosto de 1856. No hacía mucho que había completado mi tercer lustro y me hallaba en Inglaterra, entregado á los estudios clásicos que ya entonces formaban mi delicia, sin tener más que noticias confusas de las convulsiones que agitaban á mi lejana patria. De repente el anuncio de inesperada visita me hace cerrar de golpe mi *Homero* y me encuentro

frente á frente con el desterrado Obispo de Puebla. ¡Oh! Dejadme, aunque en este sagrado recinto, hacer una reminiscencia profana, y decir con el vate latino: *Ut vidi, ut perii*. Ver el juvenil rostro del Prelado, oír su voz amigable, sentir la presión de sus brazos en torno á mi cuello, y quedar encadenado á él con vínculos de indisoluble amistad y eterna admiración, fué todo obra de un instante. ¡Cuánta fué mi dicha al poderlo acoger en mi humilde celda estudiantil! ¡Cuánto me halagó el que encomendara á mi cuidado á ese sobrino, su predilecto, que ha sido el báculo de su vejez, y cuya facundia en el púlpito é infatigable actividad en mil empresas todos admiráis! ¡Cuán orgulloso me ponía la correspondencia que con este motivo se entabló entre el egregio Prelado y el joven colegial!

Un año más tarde era yo su huésped en Roma, y puedo dar testimonio de la alta estima en que el inolvidable Pontífice Pío IX tenía al Obispo Mexicano. Entre mil señales de benevolencia, acababa de nombrarlo su Prelado Doméstico y Asistente al Sacro Solio Pontificio, dignidad altamente honorífica que entre otras muchas prerrogativas confiere al agraciado distinguida nobleza, cual si hubiera nacido de familia de Condes. Con ella acostumbran los

Pontífices condecorar á los Prelados más caros á su corazón ó cuya conducta quieren aprobar á los ojos del mundo. Esta fué la recompensa de su valeroso comportamiento en Puebla; y en vez de la *penitencia saludable* que pedía el Prelado á la Santa Sede en caso que hubiera obrado mal, recibió el galardón debido al Obispo que no se ha doblegado ante las potestades terrenas, y ha cumplido con sus sacrosantos juramentos.

Entretanto, los asuntos parecían tomar otro giro en la República Mexicana, y después de la carta llena de sumisión que recibió del nuevo Presidente, el Sumo Pontífice ordenó al Obispo de Puebla que regresara sin tardanza á su diócesi. Así lo hizo el obediente Prelado, quien aun desde Roma la había gobernado, velando por sus ovejas como amante Pastor. Pero ¡ay! encontró cerradas las puertas de la patria. Las costas estaban aún en poder del partido que lo había desterrado, y forzoso le fué permanecer primero en Cuba y después en los Estados Unidos, hasta que en la segunda mitad de 1859 volvió á fijar su residencia en la Ciudad Eterna. Pero ya no se acogió como proscrito á la sombra del Vaticano. Se le había nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, y con tal carácter se pre-

sentaba ahora al Pontífice Rey. En vano aguardó las instrucciones que cada día se le ofrecían de parte del Gobierno Mexicano: éste fué derrocado no mucho después y el Embajador quedó de nuevo convertido en desterrado.

Entretanto, las circunstancias lo habían colocado en un círculo de diplomáticos, estadistas y repúblicos, que lo transformaron en político. La misma Santa Sede determinó aprovecharse de sus talentos, y enviarlo á las Indias Orientales á dirimir las diferencias entre los católicos de las posesiones portuguesas y los del Imperio Británico en el Indostán. ¿Habría podido nuestro ilustre compatriota llevar á cabo lo que no han podido todavía terminar los hábiles Delegados que el Sumo Pontífice ha enviado á aquellas apartadas regiones? No quiero, Señores, aventurar un juicio; pero el caso es que en vez de enderezar su rumbo hacia el Oriente, salió de Roma con dirección á la patria, aunque no llegó á abandonar el Viejo Continente. Era el año de 1862, y las tropas francesas enviadas por Na-

poleón III á establecer la monarquía en México, ocupaban ya parte de su territorio.

¿Qué había sucedido en ese intervalo? ¡Ah,

Señores! vosotros mejor que yo lo sabéis. La revolución se había entronizado en México, y atacando no ya tan sólo los bienes de la Iglesia, sino

á la Iglesia misma, había trastornado cuanto antes existía. Yo no ví los estragos que vosotros presenciasteis. Sólo me tocó recibir uno á uno á los Obispos desterrados, y antes que á nadie al mío propio, al Illmo. Sr. Munguía. Aún me parece estar á orillas del Mediterráneo el hermoso día 17 de Abril de 1861, con la vista clavada en el horizonte, esperando con ansia el barco que nos había de traer á esa nueva víctima de las pasiones antireligiosas. ¡Oh! ¡qué gozo al mirarlo aparecer en lontananza! ¡Qué estremecimiento al oír el estallido del cañón, que anunciaba su entrada en el puerto! Aún se me figura ver saltar conmigo al Obispo de Puebla en la barquilla que á todo remo nos conduce al recién llegado bajel. ¡Cuál nos abalanzamos á la escala, y en un momento quedamos confundidos en estrecho abrazo, los dos próceres eclesiásticos, y el humilde estudiante, admirador y apasionado de entrambos!

Desde este instante no volvieron ya á separarse hasta la muerte, salvo breves temporadas,

estos dos amigos de infancia y de colegio, compañeros de armas en las luchas espirituales y ahora partícipes del mismo infortunio. ¡Beneficio especial de la Providencia! Eran, como antes

he indicado apropiándome las palabras de San Gregorio, *una sola alma en dos cuerpos*; y cuando

estaba ausente el Sr. Munguía, faltaba su complemento á la del Sr. Labastida. De superior talento práctico, con mayor conocimiento del mundo, de mucha más audacia é intrepidez, carecía no obstante el Obispo de Puebla de ese ingenio penetrante y agudo, de esa viveza de águila, y de esa prontitud para expresar con palabras precisas y contundentes los pensamientos más atrevidos, que poseía en alto grado el de Michoacán. He aquí por qué más tarde, cuando se quiso matar moralmente al que ya era Arzobispo de México, se le separó desde luego de su íntimo amigo. Solos, eran cada cual una potencia; juntos, equivalían á invencible legión.

El cataclismo verificado en la República Mexicana afligía profundamente al Illmo. Sr. Labastida, no sólo como Obispo, sino como patriota. En los viajes que en su destierro había tenido que emprender había podido observar el inmenso poder del país vecino que, sea como amigo, sea como enemigo, no ha ocultado nunca sus intenciones de identificarnos con él, y de unir sus intereses á los nuestros. Había visto en Europa naciones poderosas, unas más fuertes que las otras, pero manteniéndose todas en perfecto equilibrio, merced á gobiernos estables, al auxilio que las más guerreras daban á las más débiles, y á las alianzas que no sólo los intereses de

los pueblos, sino los lazos de familia entre los gobernantes, obligaban á contraer, en pro del bien común y de la paz general. Llegó á soñar, como los grandes políticos con quienes había entrado en íntimas relaciones; llegó á soñar para la América del Norte y del Sur un equilibrio semejante al de Europa, que asegurara á México la paz, la prosperidad, el poder por mar y por tierra, la hegemonía en el Nuevo Mundo, y un lugar distinguido entre las naciones todas del Orbe. Para convertir el sueño en realidad sería preciso hacer mil sacrificios, é inmolar en aras de la patria el amor propio nacional. Pero estos sacrificios debían ser pasajeros, y los compensarían ampliamente las ventajas definitivas y el engrandecimiento de México. Pareció la empresa fácil y de rápida ejecución, y el Obispo de Puebla creyó conveniente acercarse al teatro de los sucesos. Su alta posición en la Iglesia, su prestigio entre el clero, su preclaro talento diplomático, y más que todo la aureola de las luchas y la persecución, la más bella que pueda circundar la frente de un Prelado, lo habían constituido jefe del partido monárquico, que en aquel momento se creía identificado con el partido católico. He aquí por qué, renunciando á la alta misión que la Corte de Roma iba á confiarle en Oriente, se encaminó presuroso hacia Occidente.

Pero estaba escrito que todos los planes para la prosperidad de México, concebidos por el activo Prelado, habían de fracasar desde el principio. Ninguno había osado lo que él; nadie se atreverá á igualarlo en lo futuro; pero la indignación de Dios contra su pueblo aún no se apagaba, y de nada habían de servir su talento y heroicos esfuerzos. *Similis illi non fuit ante eum rex; neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni.* Viendo que aún no se le abren las puertas de la patria, torna el Illmo. Sr. Labastida á la Eterna Ciudad.

Providencial fué su regreso. No sólo su hermano de Michoacán, sino los Prelados de Guadalajara, Linares, San Luis Potosí y Oaxaca se hallaban reunidos en Roma y juntos pudieron llevar á cabo en pro de la Iglesia Mexicana, proyectos mucho tiempo había concebidos, pero que las convulsiones políticas, ó la unión del Estado con la Iglesia, útil casi siempre, una que otra vez estorbosa, habían impedido realizar. Acababa de separar el presidente Juárez ambas potestades; y aprovechándose de la libertad en que se les dejaba, propusieron á la Santa Sede la erección de las diócesis de Veracruz, Chilapa, Querétaro, León, Zacatecas, Zamora y Tamaulipas, y la elevación á Metrópolis de Guadalajara

y Michoacán, y presentaron igualmente á los dignatarios que debían ocuparlas. El iniciador de éstas y otras importantes empresas era el Illmo. Sr. Labastida, cuyas penas endulzaba la Providencia, acumulando sobre él no pensados honores.

Así es que, con motivo de la canonización de los Mártires del Japón fué agraciado, como todos los Obispos presentes en Roma, con el título de Patricio Romano, é inscrito en el Libro de Oro que guarda en el Capitolio los fastos de la nobleza. Pocos meses después, al hacer su peregrinación á Jerusalén, se le calzaron las espuelas de Godofredo Bullón, se le hizo empuñar la espada del Gran Cruzado, y quedó armado Caballero del Santo Sepulcro. Por último, el 19 de Marzo de 1863 fué promovido al Arzobispado de México, vacante por la reciente muerte en el destierro, del inflexible D. Lázaro de la Garza. Su posición como jefe del partido monárquico, los altos puestos que le esperaban en el Imperio que acababa de proclamarse, su glorioso pasado y sus altísimas dotes, le señalaron al Padre Santo como el sucesor sin rival del Metropolitano que había fallecido; y desdeñando otras propuestas, pero con el aplauso unánime de cuantos lo conocíamos, entregó Pío IX al Illmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, el palio que tanto merecía.

¡Con qué ilusiones emprendió en Agosto su viaje de regreso, al lado de su inseparable Munguía, adornado también él con el palio arzobispal! Encantados habían quedado uno y otro con las promesas del Archiduque Maximiliano. Lleno de esperanzas salió el Arzobispo de México de la última entrevista con Napoleón III, pocos días antes de hacerse á la vela. Se figuraba que llegar, ver y vencer las dificultades que ya habían surgido en México, sobre negocios eclesiásticos, en el seno mismo del gobierno que había sucedido al de Juárez, sería obra de un momento; que pronto regresaría triunfante, para conducir al Archiduque al trono que acababa de construirsele; que sería el brazo derecho del nuevo Emperador, y que bajo el cetro de éste refloreería la religión, reinaría la paz, se vencerían los enemigos más que con las armas con la dulzura; y presto vendrían á acogerse á la gloriosa bandera del nuevo Imperio, Guatemala de cierto, tal vez Cuba también y Puerto Rico.

¡Ah! ¡Pobre Prelado! Si en tus viajes al Imperio Austriaco no te hubieras limitado á pisar los palacios, y á tratar con unos cuantos diplomáticos; si hubieras podido mezclarte con el pueblo, penetrar en las escuelas, inspeccionar los registros parroquiales, tratar íntimamente con el clero de todas categorías, habrías visto que el Jose-

fismo aún dominante en aquella monarquía, no podía menos que haber inficionado al Príncipe en cuyas manos te habías puesto, y que éste había de querer dar al Estado una ingerencia en los negocios de la Iglesia, que no era lícito admitir y á que jamás se nos había acostumbrado. ¡Ah! ¡Pobre Prelado! ¿Por qué fiaste tanto en las palabras del Soberano que tantas amarguras había causado al mismo Pío IX? ¡Ay del Obispo que fia en la amistad de los poderosos de la tierra! Á él, más que á ninguno, pueden aplicarse las palabras del Profeta Jeremías: *Maledictus homo qui confidit in homine.*

IV

Catorce eclesiásticos han ejercido en lo que es hoy República de México mando supremo: nueve como virreyes y uno como gobernador de Nueva España; cuatro como regentes del primero y segundo Imperio. Uno fué humilde cura de Huamantla: uno Obispo de Tulancingo; uno de Yucatán, y uno de Michoacán, quien la segunda vez que fué virrey, recibió al mismo tiempo que el mando civil y militar, el palio arzobispal de la Metrópoli. Tres fueron Obispos de

Puebla, y siete Arzobispos de México. De los que gobernaron á nombre del rey de España, fué tan efímero el poder, que García Guerra, Palafox, Torres, Osorio, Ortega Montañés (la vez primera), Haro y Peralta, y Lizana y Beaumont, no llegaron á empuñar ni doce meses el bastón de mando; mientras que Moya de Contreras y Ortega Montañés (la vez segunda), lo tuvieron un año solo. Únicamente Enriquez de Rivera y Vizarrón imperaron un período largo, durando el virreinato del primero siete, y el del segundo seis años. En cuanto á la regencia del Obispo Pérez, del Cura Valentín y del Obispo Ormaechea, fué corta en extremo: más todavía lo fué la de nuestro lamentado Arzobispo Labastida, quien solo ejerció el poder treinta días.

¡Cuán fecundo en acontecimientos fué este período! Equivale, en verdad, á un siglo entero. En él se jugó, con éxito infeliz, la suerte de la recién nacida monarquía. En él se perdieron para la Religión los frutos de tantas luchas y tantos sacrificios. En él quedó separado el partido católico del monárquico; y nació el nuevo partido imperialista, destinado á tener triste y prematura muerte, y á arrastrar mezquina existencia, desconocido á la par por los radicales y los conservadores, á los cuales pretendía unir en bastardo consorcio. En él, por último, se

levantó muy alto el Arzobispo Regente á los ojos de los católicos que lo aclamaban como á su jefe; y con su conducta digna y patriótica recobró ante los liberales su estimación y renombre.

Demasiado recientes están los acontecimientos para que necesite entrar en inútiles pormenores. Bien recordáis que en vez de la paz y los triunfos con que soñaba, el Prelado Regente halló sólo guerra entre sus colegas, hostilidad de parte del caudillo que comandaba el ejército que se llamaba *aliado*, abandono de parte de sus amigos y colaboradores, tempestades por todos lados. Parece que sólo se esperaba su llegada al poder, para exigirle lo mismo que en Puebla se había rehusado á sancionar: el despojo de la Iglesia y la renuncia de los derechos que á ésta confiriera el mismo Jesucristo. Era ya no sólo Obispo de una Diócesi como otras muchas, sino Arzobispo de la principal Metrópoli y jefe civil de todo el país; sus actos, por consiguiente, debían comprometer á la Iglesia entera de México. Le pedían estos sacrificios, no sus enemigos jurados como en otro tiempo, sino sus colegas en el gobierno; y pretendía exigirlo á nombre del Emperador de los franceses el Comandante del ejército que se creía aliado y defensor de la Religión.

¿Podía como Obispo faltar á sus juramentos? ¿Debía como patriota permitir que se ajara su propia dignidad y se hollara la soberanía nacional? ¿Le convenía como monarquista dar un paso que aislaría al recién nacido Imperio y lo haría evidentemente desmoronarse? Pudo entonces dudarse de su prudencia, de su desinterés, de su tacto; pero la historia, sin dejar transcurrir largo plazo, ha fallado en su favor, y lo ha proclamado heroico, previsor y consecuente consigo mismo y sus principios, al oponerse al César francés y al caudillo de sus legiones; al separarse de sus menos dignos colegas; al declarar que jamás sancionará el despojo de la Iglesia; que no creará dificultades al recién nacido monarca; que á éste y al Sumo Pontífice atañe la resolución de las cuestiones religiosas, que en mal hora ha suscitado el gobierno provisional.

¡Cuán grande me parece en el momento en que voluntariamente se deja despojar de sus insignias de mando y privar de la guardia de honor que lo escoltaba en su Palacio! Pero ¡cuán doloroso debe ser para su alma, el ver sancionados los principios anti-religiosos por los mismos que habían sido llamados á proteger á la Religión y á quienes se había unido el Prelado! Con razón decía en amargo tono á sus colegas en la

Regencia y al caudillo francés: “Si á este punto habíamos de llegar, habrían podido ahorrarse al erario de Francia los millones invertidos en la guerra; á la nación francesa la vida de sus ilustres hijos; á los mexicanos honrados los golpes sensibles que sobre ellos se descargaron; á los fieles el indecible tormento de ver burladas sus esperanzas, y á los Pastores la pena y vilipendio de volver de su destierro, bajo la salvaguardia de este nuevo orden de cosas, á presenciar la legitimación del despojo de sus iglesias y la sanción de los principios revolucionarios.”

Aquí termina, gloriosa aunque tristemente, la carrera política del Illmo. Sr. Labastida. Decidme, con la historia en la mano, ¿hubo uno solo de los Arzobispos-Virreyes que se encontrara en situación tan difícil y tuviera que desplegar tan altas cualidades? Aunque á nombre del monarca español, ejercieron aquellos poder realmente soberano, sin oposición digna de nota de parte de las otras autoridades, todas subordinadas á su jefe, todas profesando los mismos principios, todas interesadas en la prosperidad de la patria común. Aun el Obispo de Puebla, regente al declararse la independencia, contaba, para vencer las dificultades de la situación, con la íntima amistad del generalísimo Iturbide, y con el influjo decidido que sobre éste ejercía.

No así el Arzobispo Labastida. Miradlo solo luchando en un mar borrascoso, no sólo contra las olas y los vientos, sino contra la chusma que tripula su insegura barquilla, contra el que maneja el mal ajustado timón, y los que con él dividen el mando. Ved qué conflicto tremendo desgarrá aquella alma tan grande. En un instante tiene que decidir cuestiones de alta trascendencia, no sólo para la Iglesia de México, sino para la Iglesia universal. Todos le dicen que callar es prudencia. Él, en tiempos futuros, mostrará al mundo que sabe callar, así como ha sabido combatir; pero ahora responde, con las palabras y con los hechos, que el silencio sería *debilidad*. Le dicen que oponerse solo é inerte al poder y la voluntad de la Francia vencedora, es temeridad: él demuestra que no es sino valor cristiano, que no es más que la santa audacia de los mártires. Le dicen, por último, que con la resistencia destruye su propia obra y echa á pique la monarquía: él replica, y la historia confirmará su sentencia, que sus débiles colegas y el malaconsejado general francés, echándose en brazos de sus irreconciliables enemigos, son los que matan el imperio en el momento de nacer.

Una esperanza queda al desengañado Arzobispo. Ha escuchado palabras lisonjeras del Ar-

chiduque Maximiliano, y no duda que las cumplirá cuando venga á regir como Emperador los destinos de México, y con el prestigio de su alta descendencia pueda poner coto á los desmanes del caudillo francés y á las pretensiones de Napoleón. Aunque nadie piensa ya en mandar al destituido Regente á conducir desde Europa al nuevo Soberano, desde aquí observa sus pasos, y ve que el espíritu religioso norma sus acciones. De la capilla del Palacio de Miramar lo ve volar al Vaticano y arrodillarse á los piés del Pontífice; y antes que recibirlo en su nueva capital, hay que ir á encontrarlo en la Basílica de Guadalupe, donde, invocando á la patrona de los mexicanos, quiere inaugurar su reinado.

Sí: aún hay esperanzas. Es imposible que el Emperador deje de escuchar los consejos de uno á quien debe la corona. Aunque no se den al Arzobispo cargos civiles, su posición jerárquica lo hará ocupar sin duda el cargo de Capellán Mayor de la Corte; los Estatutos de la orden de Guadalupe lo designan para el de Gran Canciller de la misma; el nombramiento de Nuncio recaerá de seguro sobre *persona grata* al Emperador, *gratisima* al Arzobispo; y el influjo de éste sobre el enviado de Roma, coadyuvará á reparar los males hasta aquí causados, y á reanudar los rotos vínculos entre la Iglesia y el Estado.

¿Á qué recordaros, señores, que todas fueron ilusiones que se disiparon como el humo? Á qué renovar dolores pasados, enumerando los desaires personales que llovían sobre el desgraciado Arzobispo; los golpes que se asestaban continuamente á la Iglesia; la guerra que el Emperador declaró al Prelado Mexicano? Fortuna que, como antes he dicho, se había aprovechado la Santa Sede de la independencia entre la Iglesia y el Estado declarada por el Presidente Juárez, para nombrar, entre otros dignatarios, al Arzobispo de México, antes del advenimiento del Emperador, y sin contar con las potestades seculares. Esto dió al Illmo. Sr. Labastida una fuerza y un prestigio que no tiene jamás el Prelado que debe su dignidad al favor humano ó las intrigas de corte, é hizo que se despuntaran contra su pecho las saetas del Emperador.

Entretanto, alejado de la política y del Palacio Imperial, se consagra exclusivamente el Arzobispo á su ministerio pastoral. ¡Cuánto me agrada escucharlo todos los días festivos en la parroquia del Sagrario, distribuyendo personalmente á sus diocesanos el pan de la palabra de Dios! En el Edicto que publica antes de su visita á la Arquidiócesi, provee admirablemente á las necesidades de los pueblos y entra en los pormenores más minuciosos relativos á la litur-

gia sagrada. Sin mirar á la inclemencia de las estaciones, á la inseguridad de los caminos, á los peligros que corre su persona y á los obstáculos que le ponen amigos y enemigos, busca á sus ovejas por montes y por valles: y al mismo tiempo que, cual otro Toribio de Mogrovejo, administra la confirmación á centenares de millares, predica con frecuencia en aldeas y ciudades, y acude todos los días al confesonario á curar las dolencias espirituales y á escuchar las quejas que sobre asuntos temporales le dirigen los fieles.

¡Celoso Pastor! De poco servirán tu vigilancia, tu piedad, tus sudores. Lo que predijiste á tus colegas en la Regencia y al General Francés, ha empezado ya á realizarse. Sin haber ganado á sus adversarios; habiendo alejado á sus amigos; abandonado de sus aliados; sin la protección que esperaba de las Cortes de Europa, sin el apoyo de la Iglesia que ha perseguido, el Monarca se encuentra aislado, y es inevitable su ruina. En tan amarga situación, vuelve de nuevo los ojos á la Santa Sede, y ésta ordena al Arzobispo de México, que en unión de los demás Prelados de la Iglesia Mexicana, forme un proyecto de concordato sobre bases generosas, sí, pero admisibles por la Curia Romana. Los que tachabais de intransigente al Ar-

zobispo Labastida; los que atribuíais á su obstinación el desprestigio del Gobierno Imperial, los que lo juzgabais el único obstáculo á la consolidación de la Monarquía, venid ahora y ved á cuánto se plega, y cuánto concede, y á cuánto se amolda ¡Oh! Si estos arreglos se hubieran emprendido desde el principio; si estas negociaciones se hubieran entablado antes de los pasos precipitados de la Regencia y el Emperador, cuánto llanto, cuánto luto, cuánta desolación se habría ahorrado á México! Ahora ya es tarde. La ruina definitiva de la Monarquía es inminente. Los que, á despecho de los consejos del previsor Arzobispo, creasteis la anómala situación que os ha conducido al abismo, quedaos á perecer con vuestro malaconsejado soberano, y á sufrir con valor las consecuencias de vuestros errores. En cuanto á tí, ¡oh Prelado! tu deber como Pastor es conservarte para tu grey, y gobernarla de cerca ó de lejos, defendiéndola de los lobos carnívoros que no han cesado de asaltarla. Como político, ningún deber te incumbe de arriesgar tu vida por el ingrato príncipe que desoyó tus consejos, que te alejó de su lado, que te persiguió y humilló, y te borró del catálogo de sus partidarios. Sálvate, sálvate con oportuna retirada.

V

¿Quién podrá olvidar la mañana del 5 de Febrero de 1867? Paréceme aún ver desfilar las tropas francesas frente á los cerrados balcones del Palacio Imperial, y á su Jefe solicitar en vano siquiera una mirada de despedida del ofendido Emperador. Aún recuerdo el sentimiento, si no de gozo, por lo menos de consuelo y de alivio, que su partida definitiva causó en los ánimos aun de los más adictos á la monarquía. Al ver marchar rumbo á Francia aquellas huestes que sólo habían venido á empeorar la situación de todos los partidos, resonaban involuntariamente en los oídos de los espectadores las célebres palabras de Paulo IV, que acababa de repetir y aplicar á su caudillo en memorable asamblea, un insigne literato: "Idos. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra."

Casi al mismo tiempo emigraba nuestro lamentado Arzobispo. Emigraba, sí. En un documento que vió entonces la luz, se afirmaba

que iba llamado por el Sumo Pontífice á asistir á la celebración del Centenario del martirio de San Pedro, y á la apoteosis de los Mártires Gorcomienses. Otro tanto repitieron sus biógrafos en la solemnidad de su jubileo sacerdotal, sin pensar que le hacían un disfavor suponiendo que, sin otro motivo, abandonaba su diócesi en momentos tan críticos para el trono y el altar. Más me place decir la verdad entera, ante esa tumba, y afirmar con San Atanasio, que el substraerse á las persecuciones de sus enemigos y el evitar caer en sus manos, no arguye en modo alguno flaqueza ó cobardía. ¿No huyeron, diré con este Padre, Jacob, y Moisés, y David? ¿No se descolgó Pablo en una cesta de los muros de Damasco? ¿No siguió Pedro al ángel que rompió sus cadenas y los cerrojos de la prisión? ¿No se escondió Cristo mismo repetidas veces? Pero cuando fué preciso se presentaron todos á sufrir la muerte y dieron pruebas de inquebrantable fortaleza. No temamos, pues, confesar que el Illmo. Sr. Labastida se substraó á las asechanzas de sus enemigos, y se conservó para su grey, con una prudente retirada.

En Roma encontró de nuevo á su amigo el Arzobispo Munguía, desterrado con disimulo hacía dos años por el gobierno imperial; y em-

pezaron juntos de nuevo la vida, no diré de proscritos, pero sí de emigrados. ¡Cuán diferente era este destierro del primero! Sin esperanzas ya, sin ilusiones, sin los sueños de felicidad para la Iglesia, que los habían alentado en la primera época, les era amarga la existencia, aun á la sombra del Vaticano. El Arzobispo de México, sobre todo, ya no aparecía como mártir de las inmunidades de la Iglesia, sino como víctima voluntaria de una Empresa que la Corte Romana había visto siempre con malos ojos, por ser el alma de ella Napoleón. La alegría de las fiestas del Centenario de San Pedro, que le había servido de pretexto para su viaje, se convirtió en dolor con la noticia de la catástrofe de Querétaro. El *ve victis* del Cerro de las Campanas repercutió en las Siete Colinas, y vino á herir profundamente al Prelado. Se creyó imposible su regreso á México, y aun se llegó á pensar en pedirle la renuncia del Arzobispado; atizando el fuego en este sentido aun alguno que le debía grandes favores y ha medrado después á su sombra. Llegó á parecerle méfítico el aire de aquella Roma que tanto amaba, y en compañía de su amigo y compañero de proscripción buscó consuelo bajo el risueño sol de Andalucía. Empeño vano. Presto regresó á la Ciudad Eterna, donde la tristeza aceleró la muerte

del Arzobispo de Michoacán, quedando el de México solo en aquel mundo.

Afortunadamente la convocación del Concilio Vaticano, comprendiendo al Sr. Labastida, como á todos los Obispos del Orbe, le hizo olvidar su destierro, y lo colocó en una posición normal aun á los ojos de aquellos que habrían deseado verlo destituido. Presto se vió rodeado de compatriotas; y pudo soñarse otra vez en México, cuando se veía presidiendo el grupo de los Prelados de Michoacán y Guadalajara, de Puebla, de Veracruz, de Oaxaca, de Chilapa, de Chiapas, de Zacatecas y de los clérigos que formaban su séquito. Ya fuese el desaliento que producen los desengaños, ya el temor que tiene de correr aun en lo llano, quien ha tropezado en terreno escabroso, no quiso en aquella grande asamblea representar otro papel, fuera del que necesariamente le competía como Arzobispo de una importante Metrópoli. Así es que ni lo vimos nunca pedir la palabra, ni acaudillar grupo alguno, ni tomar parte activa en las agitaciones que conmovieron al augusto Senado. Por el contrario, lo contemplamos con toda calma y aplomo trabajar en la comisión para asuntos de fe, de que formaba parte importante, opinar en todas las cuestiones de la manera más ortodoxa; resistir á las sugerencias del inquieto Obis-

po de Orleans, que quería atraer á su partido á los Prelados Latino-Americanos, y agregarse al número de los que pidieron desde el principio que se declarara el dogma de la Infalibilidad Pontificia.

La invasión de lo que aun quedaba al Papa de sus Estados, suspendió el Concilio; y aquella Roma antes tan pacífica y dulce, se convirtió en teatro de convulsiones y luchas que hicieron alejarse de sus profanados muros á la mayor parte de los Prelados, y entre ellos al de México. Afortunadamente las puertas de la patria se le abrían al mismo tiempo. El Presidente Juárez había concedido amplia amnistía; y aunque el antiguo Regente era de los pocos exceptuados, en breve se borró aun esta excepción, y se le llamó al seno de su Iglesia. El 12 de Mayo de 1871 pisaba de nuevo las playas de la patria.

VI.

Que las consideraciones sociales de que disfrutó el Sr. Labastida en sus últimos años, y el nunca visto cortejo que lo acompañó á su última morada, no os hagan olvidar, Señores, la triste condición que guardaban hace veinte años la Iglesia mexicana en general, la Arquidióce-

si de México en particular y su recién amnistiado Pastor. Volvía éste á su grey, no como conquistador á quien esperan frescos laureles, sino como príncipe vencido, que torna á su Capital convertida por el triunfante enemigo en un montón de cenizas, y á quien sólo la fuerza de la disciplina y el temor de males mayores puede conservar á la cabeza de su desalentado ejército. No sólo á la vista del vencedor, sino bajo su hostil vigilancia, tenía que reedificar desde sus cimientos el arruinado Templo. No con rayos ni truenos, sino á fuerza de paciencia y de mansedumbre le era preciso reconquistar los perdidos corazones. Había pasado el tiempo de librar las batallas campales de otros días. Sólo con retiradas continuas, sin aventurar más que ligeras escaramuzas, y contemporizando, como Fabio Máximo, podía obtener el triunfo final en medio de tantos desastres. ¿Logró por completo su fin? ¿Podemos grabar sobre su tumba el mote del célebre Romano, *cunctando restituit*? Vamos á examinarlo brevemente.

Solía decir el Illmo. Sr. Labastida poco después de su regreso, que con excepción de la de Tamaulipas (que yo ceñía entonces) y de otra cuyo nombre no recuerdo, habría cambiado su propia mitra por la de cualquiera de sus colegas mexicanos. Aunque pronunciadas en tono

de broma, no había exageración en el fondo de estas palabras. Y sin embargo, muy presto empezó á mejorar su situación. El Presidente Juárez templó mucho sus antiguos rigores, y comenzó á interpretar sus propias leyes de una manera más benigna, que permitió respirar á la afligida Iglesia. El Prelado mexicano se aprovechó de esta templanza, y dió los primeros pasos en el camino de la reconstrucción.

¿Quién habría dicho, en los tiempos del Imperio, que el Regente había de llorar á su antiguo enemigo? Tal acaeció á la muerte del Presidente Juárez. ¿Á qué recordaros el ostracismo de tantas heroicas mexicanas consagradas á la beneficencia; á qué la destrucción de la selecta Universidad que en su reformado Seminario acababa de crear el Arzobispo; á qué renovar el dolor de tantos otros ataques contra la Iglesia, cuando ésta ya no lo esperaba, y sin que hubiera habido la más leve provocación? Sólo os haré notar la diferencia entre la táctica del Prelado en 1874 y en 1856 ó 1864. Callar era imposible; pero temiendo sin duda dejar correr la pluma como en la época de su episcopado en Puebla, ó en los tiempos de la Regencia ó del Emperador, encomendó la redacción de su protesta á un Obispo pacífico en extremo, retirado del mundo y de sus luchas, y cuya prudencia

parecía rayar en timidez. ¿Fué, por ventura, la excesiva moderación del documento, la que contuvo el brazo perseguidor y evitó mayores males á la Iglesia? ¿Fueron los acontecimientos posteriores, frescos aún en vuestra memoria? Á vosotros y á la posteridad reservo el arduo fallo que no me atrevo á pronunciar.

Permitidme que, sin seguir paso á paso el desenvolvimiento de sucesos que habéis presenciado, os lleve de un salto á la época en que, á fines ed 1889 celebró su jubileo sacerdotal. El extranjero que haya asistido á tan solemnes fiestas, que haya visto á los Obispos agrupados en derredor del Metropolitano de México, al numeroso clero é incontables fieles que demostraban con su actitud y sus palabras que pertenecían al Prelado sus corazones; que haya admirado la riqueza de la Basílica, la esplendidez de los regalos, la magnificencia de las obras emprendidas en Guadalupe; que haya observado la cortesía y mutua benevolencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, habrá podido creer que unida de nuevo la Iglesia al Estado y derogadas las leyes contra la primera, existía perfecto acuerdo entre el primer Magistrado de la Nación y los Obispos de las diversas diócesis, y que el Arzobispo cuyo jubileo se celebraba, era no sólo Prelado de una Iglesia y Metropolitano de una entre

varias provincias eclesiásticas, sino (como ha dado en llamársele) jefe de la Iglesia Mexicana, con potestad de jurisdicción sobre Obispos y fieles en toda la extensión de la República.

Nada menos cierto; pero esa unión de los Obispos entre sí, y con el principal Metropolitano; esa adhesión del clero y de los fieles al más insigne de sus pastores; ese acuerdo, aunque poco estable, entre las potestades seculares y eclesiásticas; esa prosperidad, aunque precaria, de la Iglesia y sus establecimientos de educación y beneficencia, son pruebas manifiestas de las conquistas llevadas á cabo en veinte años por el Arzobispo Labastida. ¿Inició él y dirigió ese movimiento hacia el orden y la moderación que se nota tiempo ha, ó no hizo más que seguirlo? ¿Creó él la situación, ó no hizo más que aprovecharse de las circunstancias? Como quiera que sea, es grande su mérito, y sería odioso el disputárselo. Cuando vemos entrar en el puerto una barca desmantelada y casi sumergida, ¿preguntamos por ventura si el piloto la movió con improvisados remos, ó si no hizo más que aprovecharse de las corrientes que la condujeron á seguro abrigo? No ofendamos con dudas inútiles al que tan bien supo guiar la desmantelada nave de la Iglesia de México.

De la Iglesia de México, sí; y al decir *México*

me refiero esta vez á las tres provincias eclesiásticas y á las diócesis todas de la República Mexicana. Al ver su tacto y su prudencia, al sentir, aun en las más remotas regiones, los buenos efectos de su política conciliadora, empezaron á recurrir á él uno á uno todos los prelados y á pedir su consejo y solicitar su protección. De igual manera la Santa Sede depositó en él su entera confianza, le encomendó negocios aun fuera de su provincia y del país, le consultó sobre el nombramiento no sólo de sus obispos sufragáneos, sino aun de los de Guadalajara, Michoacán y Guatemala, y suspiraba por acumular sobre él nuevos honores que redundaran igualmente en la gloria de México y de la América Española.

¡Ah! ¿Por qué no veo sobre ese féretro el capelo cardenalicio con que desde hace más de diez años deseaba el Papa León XIII condecorarlo? ¿Por qué, por qué... Señores? Se os ha revelado ya fuera de este recinto, y no necesito recordarlo. La dignidad cardenalicia no es meramente eclesiástica, y exige, para que se lleve sin desdoro, algo más que puras muestras de cortesía personalísima de parte de las potestades seculares. Que á más no ha llegado la benevolencia de los que hace tiempo rigen nuestros destinos, á nadie se oculta. ¿Habría pasado adelante si el Señor hubiera concedido al difun-

to Arzobispo aún algunos años de vida? De tal se lisonjeaba el leal Prelado, habiendo por fin encontrado, aunque con otro nombre, el ideal que en otro tiempo se forjara de un poder fuerte, reconcentrado en una persona, capaz de asegurar la paz, de fomentar la industria, de impulsar el progreso, de proteger las ciencias, de engrandecer el país y que no tardaría en conocer que para consolidar todos estos bienes era preciso buscar el apoyo de Dios. Ni en éste, ni en otros muchos puntos de menor interés vió logrado el fruto de sus continuos sacrificios, de la paciencia con que soportaba desaires personales é injurias á la Iglesia, del silencio que guardaba aun en medio de los mayores desmanes, por no retardar la obra de la pacificación que tan á pechos había tomado. Murió sin verla del todo lograda; y antes bien con el sentimiento de que el silencio guardado aun después de la reciente Encíclica del Papa León XIII contra el enemigo capital de la sociedad y la Religión, había sólo servido para dar nueva audacia y nuevos bríos á la hidra venenosa que el Pontífice quería sofocar. Murió sin ver terminada la obra grandiosa que en honor de la Patrona de México emprendiera en Guadalupe; sin haber inaugurado el templo que en honor del más grande de los mexicanos, San Felipe de Jesús, empezó

á levantar desde los cimientos; sin lograr que se restituyera á los Arzobispos de México el palacio monumental perdido durante su episcopado. En verdad, Señores, que no hubo antes que él Pastor alguno en la Metrópoli mexicana que tanto padeciera ni tanto luchara, que tan altas dotes poseyera para el gobierno de la Iglesia y del Estado; que tan sublimes proyectos concibiera; que tales virtudes mostrara. Y sin embargo ¿qué empresa suya pudo llevarse á término? ¿Qué designio no se vió frustrado? ¡Quiera el cielo apagar por fin el fuego de su indignación contra nosotros, que aún se mantiene vivo, é impide que nos aprovechen sus beneficios!

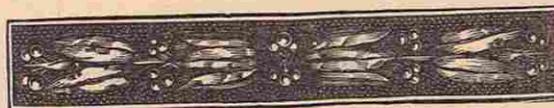
Similis illi non fuit ante eum rex, neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.

Al ver desaparecer á un Prelado tan insigne cuanto desgraciado, quedanos el consuelo de que ha bajado á la tumba llevándose tras sí los corazones. La recompensa que prometió el Señor á los mansos, fué que llegarían á poseer la tierra; es decir, el imperio de las almas, el respeto, el amor, la gratitud universal; *beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.* En ninguno mejor que en el grande Arzobispo de México ha tenido la promesa divina su pleno cumplimen-

to. Los mismos que hace veinticinco años habrían quizá derramado su sangre, se postraron después á sus plantas cautivados por su mansedumbre. Los que en público lo vilipendiaban, en secreto se deshacían en alabanzas de quien era tan fácil para perdonar, tan benévolo, tan generoso, tan dulce; que á todos socorría, á todos recomendaba, á todos oía con invicta paciencia. Quédanos el consuelo de que su muerte fué la de un monje. Su vida, siempre arreglada, siempre piadosa, había adquirido los últimos meses tal precisión, tal regularidad en sus prácticas religiosas, que parecía una larga preparación para la eternidad. Así es que, aunque no presentía su próximo fin, purificó su alma, no muchas horas antes, en el tribunal de la Penitencia, y se alimentó con el Pan de los fuertes, lejos aun de creer que le serviría de Viático en la celeste jornada. Era la tarde del 4 de Febrero. Según los usos de la Iglesia, desde la hora de vísperas había empezado el 5, consagrado al Protomártir de México San Felipe de Jesús. Terminado el oficio del día que espiraba, había recitado los maitines del siguiente y preparado los puntos de meditación para la mañana, cuando sin agonía, sin espasmos, sin dolores, entregó al Creador aquella alma que tan atribulada se había visto en la tierra.

Orad por él, Pastores que recibisteis de su mano la consagración episcopal. Orad, sacerdotes á quienes él confirió la sagrada unción. Orad, ¡oh fieles! que amasteis á aquél cuya diestra acumuló sobre vosotros tantos beneficios espirituales y temporales. Orad, los que lo escarnecisteis y vilipendiasteis.

¡Oh Cristo! que desoíste nuestras súplicas cuando te pedíamos que prolongaras sus días sobre la tierra: acoge benigno nuestras fervientes oraciones, hoy que imploramos para su alma la luz perpetua y el eterno descanso.



HOMILÍA

PREDICADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1889, CON MOTIVO DEL
JUBILEO SACERDOTAL DEL ILLMO. SR.
DR. DON. PELAGIO ANTONIO DE
LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE
MEXICO.

*Sanctificabis annum quinquagesimum:
ipse est enim jubilæus.*
Santificarás el año quinquagésimo: porque
es año de jubileo.

LEVITIC. XXV, 10.

ILLMO. SEÑOR: ¹



¿QUÉ significa este concurso, tan escogido como numeroso, cuya vista me llena al mismo tiempo de confianza y temor? ¿Por qué más de un Prelado abandona su diócesi, en una época en que ordinariamente se nos prohíbe ausentarnos de nuestras Iglesias? ¿Por qué tantos párrocos, tantos religio-

¹ El Illmo. Sr. Arzobispo de México.

Se hallaron presentes los Illmos. Sres. Obispos de León, Zacatecas, Puebla, Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Sinaloa.



Orad por él, Pastores que recibisteis de su mano la consagración episcopal. Orad, sacerdotes á quienes él confirió la sagrada unción. Orad, ¡oh fieles! que amasteis á aquél cuya diestra acumuló sobre vosotros tantos beneficios espirituales y temporales. Orad, los que lo escarnecisteis y vilipendiasteis.

¡Oh Cristo! que desoíste nuestras súplicas cuando te pedíamos que prolongaras sus días sobre la tierra: acoge benigno nuestras fervientes oraciones, hoy que imploramos para su alma la luz perpetua y el eterno descanso.



HOMILÍA

PREDICADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1889, CON MOTIVO DEL
JUBILEO SACERDOTAL DEL ILLMO. SR.
DR. DON. PELAGIO ANTONIO DE
LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE
MEXICO.

*Sanctificabis annum quinquagesimum:
ipse est enim jubilæus.*
Santificarás el año quinquagésimo: porque
es año de jubileo.

LEVITIC. XXV, 10.

ILLMO. SEÑOR: ¹



¿QUÉ significa este concurso, tan escogido como numeroso, cuya vista me llena al mismo tiempo de confianza y temor? ¿Por qué más de un Prelado abandona su diócesi, en una época en que ordinariamente se nos prohíbe ausentarnos de nuestras Iglesias? ¿Por qué tantos párrocos, tantos religio-

¹ El Illmo. Sr. Arzobispo de México.

Se hallaron presentes los Illmos. Sres. Obispos de León, Zacatecas, Puebla, Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Sinaloa.



esos, tantos sacerdotes, se alejan de su residencia en un día tan solemne, y se reúnen bajo las bóvedas de esta insigne Basílica? ¿Qué objeto tiene la cita que parecen haberse dado en este sagrado recinto, hoy demasiado estrecho para contener tamañas multitudes, los fieles más devotos, los personajes más distinguidos, las damas más piadosas, no sólo de la Capital y de las ciudades circunvecinas, sino aun de las regiones más lejanas, que las nuevas vías de comunicación han acercado á nuestras puertas?

Perdona oh Virgen Sacrosanta! si profiero palabras á primera vista irrespetuosas para tu excelsa majestad. Á ningún otro pueblo de la tierra cede el mexicano en amor hacia tí, y en veneración al augusto misterio de tu Inmaculada Concepción. Pero no es á celebrar en tu honor una fiesta que con mayor gusto habrían solemnizado en sus respectivas catedrales, parroquias ó santuarios, á lo que principalmente han venido las turbas que en derredor miro apiñadas. Hemos venido, Illmo. Señor (si me es lícito apropiarme las palabras de San Jerónimo), á tributar las alabanzas que debemos á vuestra noble vejez, y á contemplar vuestra majestuosa cabeza, blanca como la nieve, y adornada de cabellos cándidos como lana, á semejanza de la de Cristo, cuando apareció á San Juan en el Apoca-

lipsis, sentado entre los áureos candelabros y cubierto con la rica vestidura de Sumo Sacerdote: *ut senectutem tuam, et caput ad similitudinem Christi candidum, dignis vocibus prædicemus*. Hemos venido á dar gracias al Padre de las misericordias, que durante cincuenta años os ha permitido ejercer entre nosotros vuestro sublime ministerio; y á unir nuestras preces á las vuestras hoy que con paso todavía firme subís al altar á que hace medio siglo os acercasteis con planta trémula, aunque en la flor de la juventud. Hemos venido, por último, y muy principalmente, á rogar á la Virgen concebida sin mancha, que inauguró vuestra carrera sacerdotal, y os cobija aún con su manto en este semisecular aniversario, que interceda por Vos ante su Hijo Divino, para que por largos años os prolongue una vida, si penosa para Vos mismo, necesaria en las actuales circunstancias á toda la Iglesia Mexicana. Á interpretar estos sentimientos de admiración, de gratitud y de esperanza, que abrigan los fieles que me circundan y nutre la nación entera, se reducirá mi homilía, que para no cansaros, Illmo. Señor, en este día de emociones, y para obsequiar vuestra especial recomendación, será, contra mi costumbre, brevísima.

I
Transportaos por un momento, Señores, á la suntuosa Basílica de la Paz, en Hipona, en una hermosa mañana de Septiembre, del año en que por vez duodécima era cónsul Teodosio, y por segunda Valentiniano, en el Imperio ya decadente de la antigua Roma. Un inmenso concurso de fieles de todas clases de la sociedad se abriga bajo aquellas bóvedas, que muy presto caerán derribadas por la barra destructora de los Vándalos. En torno al altar, y en medio del numeroso clero, se ve, entre otros distinguidos sacerdotes, á Heraclio, designado por la voz pública como el futuro Jefe de aquella importante Iglesia; y en medio de los dos Obispos, Religiano y Martiniano, se sienta majestuoso en su trono el grande Agustín.

Blanca flota sobre sus sagradas vestiduras la sedosa barba que, cuando por vez primera empuñó el cayado pastoral, caía en rizos de ébano sobre su pecho. Al levantarse á arengar á su pueblo, se nota que algo vacilan sus piernas; y aunque su voz es todavía tan vigorosa como en

otro tiempo, un estremecimiento de terror agita al auditorio al escuchar sus primeros ecos. Los bárbaros, es cierto, no se hallan aún á las puertas de Hipona. Aún está lejos el momento en que el insigne Prelado rogará al Señor que corte el hilo de sus días, antes que ver al enemigo penetrar en los muros de su amada ciudad, y destruir en un instante, y para muchos siglos, las bellas obras espirituales y materiales que la actividad del gran Padre y sus gloriosos predecesores han acumulado en muchos años, con la ayuda de la Providencia. Pero un vago presentimiento invade ya los corazones del pueblo y del clero, de los Obispos asistentes, y sobre todo del gran Prelado, y apenas abre éste los labios, gruesas lágrimas empañan los ojos de los contristados oyentes y el facundo orador.

“Todos somos mortales —exclama— y ninguno sabe en la mañana si verá ponerse el sol que tan radiante acaba de nacer. Sin embargo, tras de la infancia se espera que vendrá la niñez, y que á ésta sucederá la adolescencia. Confía el adolescente llegar á la juventud, y el joven aguarda que lo consolide la edad madura. El varón perfecto, aunque no sin temores, cree alcanzar la vejez; pero al anciano ¿qué le toca esperar? ¿Qué viene, por mucho que se prolongue, tras de la senectud?”

“La voluntad divina me trajo á esta ciudad en la flor de los años; pero el tiempo no ha transcurrido en balde, y aquí tenéis convertido en anciano al que visteis llegar en medio de vosotros joven, robusto, activo, vigoroso, lleno de celo y esperanzas. La experiencia me ha enseñado que á la muerte de un Obispo, las ambiciones, las simpatías, las enemistades, trastornan casi siempre su Iglesia, y yo quiero evitar á la mía los males que en otras he presenciado, tomando, antes de morir, las medidas conducentes á efecto tan santo.”

Al llegar á este punto el elocuente Prelado, el pueblo le interrumpe entre sollozos, y en todos los ángulos de la Iglesia se levanta unánime el grito: *Te patrem, te episcopum*. No nos hables de tu muerte, Pastor venerado; no menciones el nombre del que designas para heredar tu báculo. Tú has sido nuestro Padre en las épocas prósperas; tú, como buen Padre, nos has acariciado y nos has reprendido; tú nos has visto nacer, tú nos has criado, tú nos has llevado al altar, tú has acompañado á nuestros progenitores al sepulcro. Tus ovejas somos, te conocemos ¡oh Pastor! y tú nos conoces. No, no queremos tomar de otras manos el pasto saludable, á tí solo reconocemos por Padre, á tí solo queremos por Obispo. *Te patrem, te episcopum*. ¡Oh

Cristo, Príncipe de los Pastores, no nos dejes huérfanos ahora que tantos peligros nos amenazan, que los Vándalos se acercan, que el Imperio Romano se desquicia! Ahora, más que nunca, hemos menester de la prudencia, de la sabiduría, de la fortaleza, de la experiencia adquirida por nuestro insigne Pastor en tantos años de episcopado. ¡Oh Cristo, en cuyas manos está el destino de los hombres y de los pueblos, concede aún larga vida á nuestro venerado Agustín, prolonga esa vida tan necesaria para su Iglesia! *Exaudi Christe, Augustino vita*.

¿Me equivoco, por ventura, señores, al afirmar que, si las costumbres de nuestro siglo lo permitieran, iguales clamores se elevarían al cielo en todo el ámbito de este templo vastísimo? ¿Esos gritos, pidiendo la vida del adorado Pastor, que los fieles de Hipona hasta diez y seis veces repitieron, no corresponden á los vehementes deseos de vuestros agradecidos corazones? En la conciencia de todos están las verdades que voy á enumerar. Si nuestros santuarios han cesado de profanarse ¿á quién lo debemos? Si se ha templado algún tanto el furor de los enemigos del nombre cristiano, ¿á qué causa, si no á la dulzura del Pastor de la Iglesia Mexicana, á sus virtudes religiosas y sociales, y su fino tacto es preciso atribuirlo? Por él re-

ciben todavía vuestros hijos una educación cristiana, por él habéis recobrado y conserváis un poco de esa libertad religiosa, que en un instante se pierde, pero no se recupera sino después de siglos de luchas y sufrimientos. Comparad la situación que la Iglesia de México guardaba hace veinte años; recordad el desaliento de los unos, el encarnizamiento de los otros, el odio mutuo y la desconfianza general. No quiero pintaros lo presente color de rosa; pero sí convendréis en que el celo de vuestro Prelado, haciéndose todo para todos, sufriendo todo con invicta paciencia, perdonando todo, tendiendo á todos la mano, amonestando suavemente á propios y extraños, ha curado muchas heridas, remediado muchos males, reparado muchas ruinas. Ved cómo en medio de tan recias tempestades boga, comparativamente tranquila, la combatida navicilla de la Iglesia que él dirige. Ved con qué tacto exquisito gobierna su mano esta diócesi, cuya importancia es tan grande, que un error del Prelado puede comprometer los intereses, no sólo del territorio de su mando, sino de la República entera. ¡Ay de nosotros si en circunstancias tan críticas llegara á faltarnos el Pastor que hemos venido á felicitar! ¿Qué sería de la Iglesia toda de México, si en momentos tan azarosos viniera á regir los destinos

de su principal Metrópoli un varón demasiado austero, sin conocimiento del mundo, sin tino para plegarse á las exigencias de una situación difícil, sin paciencia para soportar el error, sin atractivos para ganarse al descarriado, sin influjo personal ni dotes de gobierno?

Peor sería nuestra suerte si heredara el cayado del que hoy contemplamos grande en la paz, pero que ha sido no menos grande en las espirituales batallas, algún inexperto sacerdote, sin la influencia que dan las pasadas luchas, sin el prestigio de la ciencia ó las letras, sin la aureola del sufrimiento, sin la gravedad de los años, y sí tal vez con esa debilidad que engendra la ambición, con esa cobardía que nace de la vanidad, con esa pusilanimidad, hija de la falta de sólida doctrina, que hacen que se sacrifiquen los más sagrados intereses, y se inmolen en las aras de una bastarda diplomacia, los más santos principios. ¡Ah, Señores! Mirad en derredor, y por más que nos cueste confesarlo, no hallaréis un Heraclio, en quien para legarle su penosa herencia, puedan fijarse las miradas del que, nuevo Agustín, parece decirnos hoy desde su trono: Era joven cuando empecé á ejercer el ministerio sacerdotal; vedme ya encanecido por cincuenta años de apostólicos trabajos.

He aquí por qué, empezando por donde qui-

zás habría debido terminar, dirijo desde luego á vuestro nombre ferviente plegaria al Todopoderoso, para que nos conserve largos años la vida del Venerable Pastor.

II
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Es antigua manía el alabar los tiempos pasados y encarecer la maldad de los presentes. Tan general ha sido esta costumbre desde las épocas más remotas, que ya Salomón reprende á los que preguntan por qué fueron mejores los años que transcurrieron, y tacha de necedad semejante pregunta. Pero á fuerza de evitar esta exageración se suele caer en la contraria; y hay muchos que al comparar la historia de los primeros Arzobispos de México con la del actual Prelado que preside esta ceremonia, lo declaran feliz en parangón con sus predecesores; y abultando las dificultades que los antiguos encontraron en su camino, pintan color de rosa las tribulaciones de la Iglesia Mexicana en nuestros días, y hacen aparecer á su Jefe nadando en dicha y en prosperidad. Que tuvieran grandes tropiezos los fundadores de estas cristiandades, nadie lo niega. Que muy á menudo se

vieran envueltos en luchas encarnizadas los Pontífices de esta Metrópoli, ninguno lo duda. Pero ¡cuán insignificantes fueron estas escaramuzas, cuán ligeros tales reveses, cuán superables esos obstáculos, si se les compara con las batallas, los infortunios y los azares que en los cincuenta años de sacerdocio ha tenido que sufrir el 31.^o Arzobispo de México, y cuán pocos han sido sus triunfos ó los consuelos que han disminuido la amargura de sus interminables penas!

Bien conocido es el espíritu que animaba al venerable Zumárraga, cuando cruzó los mares para venir al Nuevo Mundo. Deseaba, sí, evangelizar. Suspiraba por ganar almas al cielo; pero sabía que para plantar el árbol del Evangelio se necesitaba regarlo con sangre, y ardía en deseos de que la suya, derramada por manos idólatras, se convirtiera en esa simiente fecunda de cristianos, de que ya en su tiempo hablaba Tertuliano. Grande fué su sorpresa al ver que sin graves obstáculos abrazaban la fe los aborígenes; que la misma Reina del Cielo, con milagros patentes, se dignaba ser su colaboradora en el apostolado, y que por millares se bautizaban diariamente los recién conquistados. ¿Qué dicha puede compararse á la de un misionero que en pocos años ve desaparecer la idolatría y

dilatarse la fe en el vasto territorio, antes incul-
to, á que lo ha enviado la Providencia? ¡Mil ve-
ces venturoso el Prelado cuyo único lamento es
no poder hallar el martirio entre pueblo tan dó-
cil! ¿Qué son, ante estos inefables consuelos,
algunas disputas con los gobernantes, algunas
cuestiones con los magistrados, alguna calum-
nia que fácilmente se disipa aun antes de llegar
al trono regio?

¡Qué satisfacción tendría Montúfar al reunir
en Concilio, no sólo una, sino dos veces, á los
Obispos de la naciente Iglesia, y al ver las le-
yes que dictaron, puntualmente obedecidas y
fielmente acatadas, aun por aquellos que empu-
ñaban la espada, todavía llena del prestigio del
conquistador, y podían reinar absolutos á tan
gran distancia de la Madre Patria! ¿Quién so-
ñó siquiera en ponerle obstáculos á la construc-
ción de la Ermita de Guadalupe, que más tarde
había de convertirse en Basílica?

Permitidme que os llame la atención al ponti-
ficado del tercer Arzobispo de México. Apenas
ha pasado medio siglo desde que el venerable
Zumárraga puso los pies en la Nueva España,
y ya su capital presenta el aspecto de una To-
ledo ó una Sevilla, merced principalmente á sus
prelados y á la cooperación que el gobierno y
el pueblo les prestan. Mirad al inolvidable Mo-

ya de Contreras presidiendo el tercer Concilio
Mexicano, de imperecedera memoria. Vedlo en
las aulas de la Universidad que ya florece al
par de las de Salamanca y París, rodeado de
casi un centenar de doctores y dirigiendo certá-
menes literarios y científicos, cuyo recuerdo to-
davía nos entusiasma. Contempladlo visitando
uno tras otro los cuarenta conventos de religio-
sas que ya se elevan majestuosos en la sola Me-
trópoli, en los cuales alaban al Señor cerca de
mil vírgenes de la joven América, sin que na-
die pretenda coartarles la libertad de servir á
Dios conforme á los deseos de su libérrimo co-
razón. Recorred los hospitales, y colegios, y mo-
nasterios de varones, ó fundados ó enriquecidos
por los Prelados mexicanos, y en los cuales res-
plandece la caridad, impera la ciencia, florecen
las letras, reina la santidad, y decidme: ¿no pue-
de llamarse dichoso el Pastor á quien en tales
tiempos concedió la Providencia vivir y brillar?

No os alarméis, Ilustrísimo Señor, creyendo
que voy á trazar la historia de cada uno de vues-
tros predecesores: permitidme, sí, que os pre-
sente de relieve uno que otro cuadro que haga
resaltar, al propio tiempo que la grandeza de
aquellos, lo espinoso de vuestro pontificado.

Estamos en el mes de Septiembre de 1629.
Las lluvias, torrenciales siempre, se han desen-

cadenado de tal suerte, que parece que las cataratas del cielo se han abierto como en tiempo de Noé; y los torrentes que de ellas se precipitan sobre la laguna, aun no seca, que sirve de base á la ciudad de México, amenazan sepultarla para siempre. Las calles de la capital de Nueva España, más aún que cuando Cortés la contempló entusiasmado, la hacen asemejarse á Venecia; pero ¡ay! sin los diques y muelles, sin los indestructibles palacios y numerosas góndolas de la Reina del Adriático. Aislados los habitantes, encarcelados por las aguas, con sus casas arruinadas ó amenazando ruina, sin víveres ni provisiones, claman en vano por socorro, en balde piden por lo menos los auxilios que en el último instante suministra nuestra Santa Religión.

En medio de la desolación general, una figura majestuosa se desliza, rápida como flecha, en improvisada barca, por las anegadas calles de la afligida capital. Á todos consuela, á todos socorre, á todos distribuye con los víveres del cuerpo el pan de la palabra y el eucarístico alimento. Es vuestro glorioso antecesor Manso y Zúñiga, Señor Ilustrísimo; es vuestro glorioso antecesor cuya caridad no se cansa, aunque largos meses se prolonga la inundación con sus horrores y tristes consecuencias, y cuya piedad recurre al fin, como vos habéis hecho recientemente, á

nuestro último refugio y amparo, María Santísima de Guadalupe.

Ved, Señores, cómo la portentosa imagen sale de su templo, y colocada en tosca pero adornada canoa, viene desde su Santuario hasta la Catedral de México. Admirad la devoción con que aquellos piadosos fieles la saludan al pasar, y la invocan, y la acompañan, si pueden, por entre las aguas á su provisoria morada. Oid las bendiciones que, sin que haya una sola voz discordante, siguen por dondequiera al Arzobispo aplaudiendo el noble pensaminto de cobijar la Ciudad con el milagroso Lábaro, y de hacer volver el rostro de la sobrehumana Efigie al irritado cielo que, no satisfecho aún, envía la peste tras el largo diluvio. Recordad la gratitud universal hacia el Prelado, que continuando sus obras de beneficencia, establece él solo siete hospitales en su afligida ciudad.

Venerable Hermano de León, que conmigo habéis venido á honrar á nuestro antiguo Jefe y favorecedor. Venerable Hermano de León: cuando no hace muchos meses, emulando á Manso y Zúñiga, hicisteis prodigios de caridad y desprendimiento al ver que las aguas sepultaban vuestra ciudad episcopal, resonaron en torno vuestro iguales aplausos; os acompañaron iguales bendiciones; se pusieron en vuestra mano

iguales medios para las obras de beneficencia que os tocaba emprender?

¡Ay! ¡En los tiempos que corren, apenas cubrir malamente las brechas abiertas por el enemigo puede el Prelado mexicano, y de cuán diverso modo que en los siglos pasados!

Brechas tuvo que llenar el insigne Haro y Peralta. Huecos, al parecer irreparables, había dejado en el profesorado, en las misiones, en los ministerios eclesiásticos, la Pragmática Sanción de Carlos III; y sin embargo, él encontró elementos con que remediar tamaños desastres. ¡Dichoso Prelado, que pudo tantas veces, nunca estorbado y siempre bendecido, practicar la visita pastoral de su vastísima arquidiócesi, que en vez de quejarse como vos, Ilustrísimo Señor, de la falta de sacerdotes, los ordenó á millares durante su fecundo pontificado; que pudo fundar hospitales, restaurar colegios, emprender obras grandiosas en lo temporal y en lo espiritual!

Brechas tuvo que llenar Posada y Garduño; y con usura reparó los desastres causados en tantos años de anarquía. La Iglesia agradecida recuerda sus beneficios; aún no se borran las huellas de las nuevas órdenes religiosas en su tiempo introducidas; aún están escritos en la historia con áureos caracteres los favores por él

impartidos á la nación. Cuando este buen Prelado, el último Arzobispo de México que gobernó feliz y tranquilo, recibió la consagración episcopal, empezabais, Ilustrísimo Señor, á ejercer el fecundo ministerio á que vamos á lanzar una rápida ojeada.

III

Estoy seguro, Ilustrísimo Señor, que haciendo abstracción del inmenso concurso que nos rodea, vuestro pensamiento vuela, con el nuestro, á la Iglesia de San Francisco de vuestra nativa Zamora. Allí se me figura contemplaros el 8 de Diciembre de 1839, inmolando por vez primera el Cordero sin mancha; y nuevo Melquisedec, ofreciendo sobre el altar el celeste pan y el místico vino. Se me figura, después que vuestros deudos y el devoto pueblo os han besado las palmas recién consagradas, veros absorto ante el tabernáculo, entonando de rodillas himnos eucarísticos al Señor que os ha elegido su sacerdote por toda una eternidad.

¿Qué os dice al oído vuestro ángel tutelar, que con tanta felicidad os ha guiado hasta el fin de

la primera jornada? ¿Os hace, por dicha, entrever vuestros futuros destinos? ¿Os revela las luchas que vais á sostener, las victorias ¡ay! demasiado fugaces que os han de alegrar, los reveses, las ingratitudes, las penas que os han de agobiar durante medio siglo? ¿Descorre á vuestros ojos el velo de lo futuro, y os muestra, por acaso, los primeros asaltos que se dirigirán á la Iglesia, precisamente en los momentos en que la Iglesia estará generosamente socorriendo á la Patria, ultrajada por injusto invasor? ¿Os anuncia los nuevos y rudos ataques de que será blanco al acabar vos mismo de recibir la plenitud del sacerdocio? ¿Os predice las constantes persecuciones en que vos seréis siempre la primera víctima, aun de parte de aquellos cuyo sostén os habréis constituido?

Yo no lo sé, en verdad; pero sí comprendo que vuestro primer sacrificio ha sido grato á los ojos del Señor; y aunque no baje fuego divino á consumir vuestras ofrendas como las del justo Abel, señales evidentes han de mostrar al mundo incrédulo que han sido aceptadas por el Padre Omnipotente, y que Él estará siempre con vos y guiará vuestros pasos. Id, y ejerced en las aulas el modesto pero meritorio apostolado del Profesor. Subid á la tribuna, aún no vedada al eclesiástico, y encended en todos los pe-

chos la viva llama del patriotismo que desde temprano os anima. Mostraos en el foro abogado del huérfano y del desvalido. Tronad en el púlpito contra el vicio. Llevad al moribundo los auxilios de la Sagrada Religión de que sois digno ministro; el Señor está con vos y os hará pasar ileso por en medio del fuego.

No vaciléis en ceñir la brillante mitra que el Estado, unido aún á la Iglesia, os ofrece en temprana edad. Es cierto que será para vuestras sienas corona de espinas y manantial inagotable de acerbos dolores; pero el Señor estará con vos en medio de las batallas que seréis el primero en librar; Él os acompañará á través de los mares; Él os salvará de todos los peligros; Él os hará tornar glorioso y triunfante al seno de la Patria, adornado ya con el palio de la Iglesia de México.

Mas ¡ay! la columna por vos mismo erigida para sostener la amenazada Iglesia, se desplomará sobre vos y os amagará de muerte. No temáis: vuestro primer sacrificio ha sido aceptado por el Altísimo; Él os salvará; Él os conducirá de nuevo á través del Océano; Él os traerá una vez más al suelo patrio, y conservándoos fuerte y robusto, á despecho de los esfuerzos del tiempo, armará vuestro brazo y os hará descollar majestuoso entre los escombros del arrui-

nado Templo, dándoos virtud para reedificarlo con vuestro aliento, y para hacer reanimarse los áridos huesos de sus yertos adoradores.

Señores: en sus libros inspirados promete Dios largos años de vida sobre la tierra, al que honrare debidamente á su madre. El medio siglo de fecundo sacerdocio que la Providencia ha concedido al Pastor que hoy felicitamos, ¿no es una prueba divina de que ha honrado de una manera extraordinaria á su madre la Iglesia, á su madre la Patria? Recorred, si no, los variados sucesos de su vida sacerdotal y política; sucesos que no me es lícito conmemorar en este día, porque equivaldría á hacer su panegírico, y el Espíritu Santo nos prohíbe alabar á un hombre, por grande que sea, antes que haya bajado al sepulcro. Igualmente declara Salomón, bajo el dictado del mismo Divino Espíritu, que el sucederse los Príncipes uno tras otro, después de corto reinado, es un castigo impuesto á los pecados del pueblo. Por el contrario, el gobierno prolongado de un caudillo, y con mayor razón, de un Obispo, es una señal de predilección á sus súbditos, es una recompensa, es un singular beneficio. Grande fuente de consuelo, por tanto, debe ser para nosotros, el ver que el anciano Arzobispo de Guadalajara completó hace muchos meses, y el Metropolitano de México

termina en este día faustísimo, los cincuenta años de sacerdocio, y que uno y otro se encuentran en el séptimo lustro de su episcopado. No, no ha vuelto el Señor las espaldas á México, á pesar de sus pecados sin número, cuando así prolonga la vida de sus espirituales caudillos. No, todavía queda alguna virtud en nuestra patria, todavía hay esperanzas para nuestra adorable Religión: *propter hominis sapientiam vita ducis longior erit.* (Prov. xxxviii, 2).

En el libro del Levítico está escrito: *santificarás el año quincuagésimo, porque es año de jubileo*, y la Iglesia cristiana, conformándose á tan justo mandato, celebra con gracias extraordinarias el año que señala la mitad de cada siglo, y el que marca el fin de cada centuria. En la vida del hombre igualmente se guarda como época de júbilo especial el aniversario semi-secular de un matrimonio, de la recepción de un médico ó de un abogado, de la primera misa de un sacerdote.

Y con razón. Si cincuenta años es ya un largo período en la historia del mundo, ¿cuánto más largo no será, comparado con la vida relativamente breve de un hombre sobre la tierra! No hace aún diez y nueve siglos que Jesucristo espiró en el Calvario; aún no se cumplen cuatro desde que su Cruz gloriosa fué plantada en el

Nuevo Mundo. Haber ejercido cincuenta años el ministerio sacerdotal, significa, por tanto, haber trabajado en la viña del Señor la trigésimo-séptima parte del tiempo transcurrido desde que fundó Jesucristo su Iglesia, la séptima parte del período empezado con la introducción del Cristianismo en nuestra México. Y si tan largos sudores merecen en el cielo eterna recompensa, y en la tierra cordial gratitud, aun tratándose de un simple acólito ó lector, de un obscuro diácono, de un humilde párroco, ¿qué será siendo vos el héroe, Señor Ilustrísimo; vos, que durante tantos años no sólo habéis sido *magna pars* en los acontecimientos que han señalado esta época memorable para la Iglesia y el Estado, sino que habéis sido y sois el centro adonde se dirigen todas las miradas, habéis personificado y personificáis aún la Iglesia toda de la Nación Mexicana?

Con razón de todas partes hemos venido á felicitaros y á rendiros el homenaje de admiración y gratitud, que todos sin excepción os debemos, y antes que ninguno, vuestro siervo y hermano. ¿Recordáis el pequeño oratorio de Roma, en que, hace 27 años, el día caluroso en que la Iglesia celebra el martirio del protodiácono San Lorenzo, me conferisteis el orden del diaconado? Hoy vengo á restituiros la potes-

tad de predicar que entonces me disteis. Vengo, quizás antes de enmudecer para siempre, á entonar en vuestro honor el canto del cisne. Bien lo notáis, Señores: ya no vibra sonora, como antes, la voz cuyo timbre hace once y hace veinticinco años con tanta benevolencia escuchabais, y muchos indicios me anuncian que pronto va á espirar mi misión en el púlpito. Ya desaparecieron los cabellos que aún sombreaban mi rostro, cuando en torno mío os apiñabais; y hoy comparezco delante de vosotros agobiado con el peso de casi cuatro lustros de azaroso episcopado. Y soy un niño en comparación del Prelado que contempláis robusto y vigoroso, y que puede decir, como Caleb á los 85 años exclamaba: mi salud es tan buena como hace medio siglo, y la robustez de los días de mi juventud aún se conserva, sea que se trate de largas marchas, sea que se hable de combatir: *illius in me temporis fortitudo perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum.* (JOS. XIV. 11).

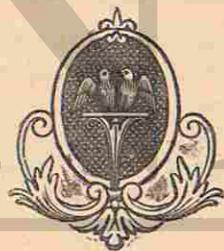
¡Venerables Hermanos en el Episcopado! Me regocijo de veros adunados en derredor del que es Metropolitano de muchos, Padre de no pocos, Hermano de todos. Jamás en la América española se había visto reunido un número mayor de Prelados, ni en los Concilios Mexicanos, ni en los de Lima, ni en los recientes de Quito

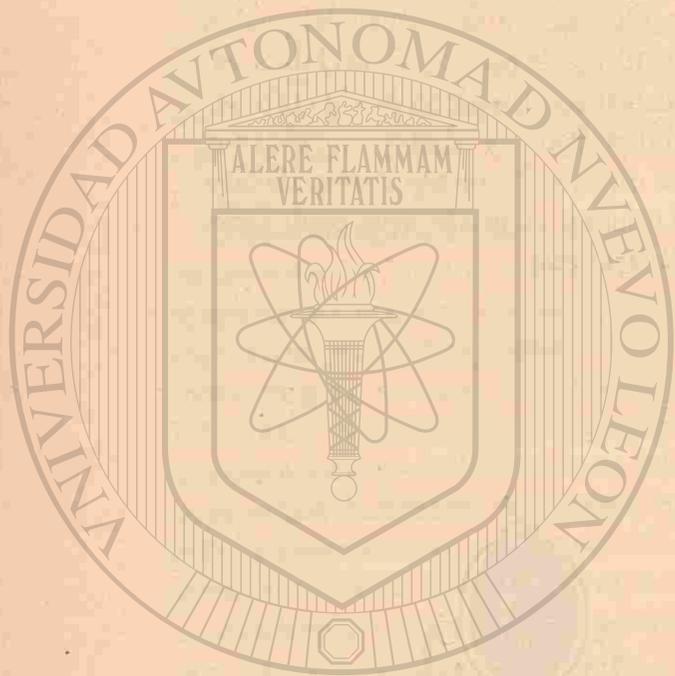
y Bogotá. Muchos de vosotros recibisteis la consagración episcopal de manos del que hoy venís á felicitar, y le deseasteis larga, muy larga, larguísima vida, repitiendo por tres veces la frase litúrgica *ad multos annos*. Repetidla conmigo ahora, que más que nunca veis la necesidad de que siga por muchos años presidiéndonos, escudándonos, dirigiéndonos.

¡Pueblo Santo de Dios! ¡Con qué placer giro en derredor los ojos, y contemplo extasiado el arranque de gratitud que os ha traído á las plantas del gran Metropolitano! Aquí estáis reunidos en gran número, piadosos habitantes de la Capital y de la Arquidiócesi, que sois testigos inmediatos de sus virtudes y sus sufrimientos. Aquí estáis, habitantes de Zamora, que os gloriáis de haber mecido su cuna y de deberle el engrandecimiento de vuestra nativa ciudad. Aquí os contemplo, fieles de Puebla, ufanos de haber sido sus primeros hijos. Aquí miro representantes de Sonora y de Chiapas, de Yucatán y Nuevo León, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra República. Aquí veo á los Enviados de las naciones extranjeras á quienes debidamente agradecemos esta muestra de deferencia y de respeto al insigne Pastor. Aquí descubro aún á muchos que no pueden llamarse por cierto ovejas de este redil, y vienen, sin

embargo, á rendir homenaje á la virtud, al talento, á la bondad del gran sacerdote.

¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores! escucha benigno la súplica que, á semejanza del pueblo de Hipona, te dirige de nuevo por mis labios este inmenso concurso. Prolonga la vida tan necesaria del buen Padre y Pastor; concédenos que podamos otra vez reunirnos dentro de diez y seis años á celebrar su jubileo episcopal: *exaudi Christe; Pelagio vita*.





DIÁLOGO

CON QUE EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON
FELICITÓ AL ILLMO. SR. DR. D. PELAGIO
ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE MEXICO, EL
DIA DE SU JUBILEO
SACERDOTAL.

PERSONAJES QUE HABLAN.

El Angel Custodio de la Arquidiócesis de México.
El Angel Custodio de la Nación Mexicana.
La Diócesis de Zamora. La Arquidiócesis de Guadalajara.
La Diócesis de Puebla. La Diócesis de Yucatán.
La Arquidiócesis de Morelia. La Diócesis de León.

PERSONAJES QUE NO HABLAN

Diócesis de Sinaloa, Colima, Sonora, Durango, Zacatecas, Linares,
Querétaro, Veracruz, Tamaulipas, Tulancingo,
Chilapa, Tabasco, Oaxaca, Chiapas
y San Luis Potosí.
Ángeles Custodios de las Arquidiócesis y Diócesis mencionadas.

Podrá representar la escena el Valle de México, viéndose la Ciudad en lontananza, y Guadalupe en primer término. Si fuere cómodo, el Angel Custodio de la Nación podrá hablar desde la cumbre del Tepeyac, y cerca de él, el Angel de la Arquidiócesi.

Las Diócesis serán representadas por niñas vestidas de túnica blanca y manto flotante de diversos colores. Por tocado llevarán una mitra, baja, de forma gótica. Las Arquidiócesis llevarán además el *palio* en el pecho.

Cada Angel Custodio llevará un estandarte en el que se lea el nombre de su respectiva diócesi.



EL ÁNGEL DE LA NACIÓN.

El Ángel soy, á quien la augusta mano
Del Supremo Hacedor confió clemente
La custodia del Reino Mexicano.

Traje á su seno la nación valiente
Que sus leyes le dió, y el almo signo
De la sagrada Cruz puso en su frente.

Á cada Iglesia su Prelado asigno
Y, por Dios inspirado, siempre escojo
Para mi cara México, el más digno.

Yo las plegarias de mi grey recojo,
Y aplaco, al presentarlas, con mi llanto,
Del airado Señor el justo enojo.

De ZUMÁRRAGA traje al varón santo
Que enarboló cual célica bandera
Del buen Indiano el milagroso manto;

Y al gran MONTÚFAR, que por vez primera
En Concilio, la Iglesia Mexicana
Reunir, nacida apenas, mereciera.

Á MOYA DE CONTRERAS engalana
Sobre la mitra, virreinal corona;
Y él une á la virtud ciencia profana.

Sordo á mi llamamiento, á ajena zona
El pacífico ALONSO DE BONILLA
Lleva el fervor que Apóstol lo pregona.

Aunque al poder la frente nunca humilla
El ardiente MENDOZA, en el combate
Su insigne caridad fulgente brilla.

Corazón de eremita en GUERRA late,
Cuya paz no se altera, aunque espantoso
Temblor de tierra, su Ciudad abate.

JUAN PÉREZ DE LA SERNA, belicoso
Hiere al Virrey; é Iglesias y Conventos
Edifica y sostiene dadivoso.

¿Cómo no alzáis á MANSO monumentos?
Por la inundada México navega,
Vencedor de las aguas y los vientos.

Á VERDUGO, al insigne DE LA VEGA,
Y á JUAN DE PALAFOX, mi labio llama,
Sin poderles hacer del palio entrega.

No bien Prelado México lo aclama,
MAÑOZCA las primeras bendiciones
En la acabada Catedral derrama.

Muy breve son de AZCONA las funciones.
Un sólo lustro á México gobierna
BUGUEIRO, entre fatales disensiones.

Tras el humilde OSORIO, la paterna
Ciudad viene á regir agradecido
CUEVAS, santo Pastor, con mano tierna.

Á RAMÍREZ DE PRADO, en el olvido
No dejará, por cierto, sepultado
El plazo á su Gobierno concedido.

ENRÍQUEZ DE RIVERA, denodado
Increpa, lucha, y paternal corrige
Blandiendo al par la espada y el cayado.

AGUIAR la santa Iglesia austero rige.
Del Reino y de la Diócesis ORTEGA
Los destinos espléndido dirige.

La adversidad la frente no doblega
De LANCIEGO EGUILAZ, que en largos años
Su grey apacentando no sosiega.

¡Lóen á VIZARRÓN propios y extraños!
¿Cuándo miró la Iglesia Mexicana
Tan grande caridad, males tamaños?

Loor á RUBIO, que en edad temprana
Viene á ceñir la mitra refulgente.
¡Loor eterno al grande LORENZANA!

Pregonen su virtud de gente en gente
Los huérfanos sin número, que vida
Y nombre deben á su amor ardiente.

Por él, por cuarta vez se ve reunida
De México la Iglesia; por él suda
La americana prensa ennoblecida.

En llamarlo el Pontífice no duda
Á Toledo; á la púrpura lo exalta,
Y él al cautivo Pío presta ayuda.

No menos generoso HARO Y PERALTA
Fundó, dota, regala, da, socorre,
Y en la epidemia su fervor resalta.

Tras la perdida oveja amante corre;
Más de once mil presbíteros ordena;
Quince veces la diócesi recorre.

De LIZANA y BEAUMONT narrar da pena,
De BERGOSA y de FONTE (último Ibero)
La vida episcopal de azares llena.

De POSADA y GARDUÑO alabar quiero
El celo y acendrado patriotismo;
Docto prelado y digno caballero.

Del justo GARZA al contemplar me abismo
La inflexible virtud y austera ciencia
Sepultadas en rudo cataclismo.

¡Oh Dios Omnipotente! Tu clemencia
Como nunca lució, cuando un Prelado
Pedirte osé, de altísima excelencia.

Sobre el ruinoso altar despedazado,
Impertinente la Impiedad se erguía
Del Indiferentismo al diestro lado.

La grey dispersa por doquier corría;
Y, fingiendo amistad, el lobo astuto
Á los corderos tímidos se unía.

¡Ay! ¿Quién apartará el vedado fruto?
¿Quién salvará la nave del naufragio?
¿Quién regirá la Iglesia en tanto luto?

En tal conflicto designé á PELAGIO,
Pastor cuyo fecundo sacerdocio
Era de dicha y paz cierto presagio.

Sus hazañas contar, arduo negocio
Es hasta para un ángel. ¡Oh Querube
Que á México en guardar eres mi socio!

Sál de la que te cubre avara nube.
De la feliz Metrópoli que amparas
Las glorias á mi lado á narrar sube.

Dí de PELAGIO las virtudes raras;
Su alta prudencia, su exquisito tino,
Grande bajo el dosel, grande en las aras.

Mas como enaltecer fué su destino
De esta región á las Iglesias todas
Que me confiara el Redentor Divino,

Canten antes que tú, sus áureas bodas
De las demás Iglesias los guardianes;
Y déngle gracias en festivas odas
Por su amor, su bondad y sus afanes.

A la voz del Angel de la Nación, salen el de la Arquidiócesi y los demás Angeles, conduciendo éstos por la mano á sus respectivas diócesis; y se colocan según lo permita el escenario.

Avanza ZAMORA, quedando á su lado un poco atrás su Angel respectivo, y dice:

En mi seno nació: mi humilde mano
Tuvo la dicha de mecer la cuna,
Que fundamento á ser de mi fortuna
Predestinaba el cielo soberano.

Por Él, á acrecentado honor profano
Espiritual poder mi pueblo aduna;
Por Él desde el abismo hasta la luna
Me sublimó el Pontífice Romano.

Y cuando ni mural triste diadema
Mi polvorosa sien ceñir podía,
Y me abrumaba humillación extrema,

La mitra me donó de gran valía,
De preeminencia pastoral emblema
Y origen de mi cívica hidalguía.

Avanza **MORELIA** de igual manera.

Á mis pechos lo crié: de la alma ciencia
Bebió la leche en mi feliz regazo;
Lo ató á la Iglesia con eterno lazo,
Lo desposé á la fiel Jurisprudencia.

Limpia su frente, pura su conciencia,
Lo condujo al altar mi amante brazo:
Foro, Tribuna, Corte, en breve plazo
Admiraron su insigne preeminencia.

Me lo robó Angelópoli dichosa;
Y, á pasos de gigante, hasta la cima
Ascendió de la escala misteriosa;

Y en gratitud á mi temprana estima,
El palio me donó: joya preciosa
Que á Metrópoli ilustre me sublima.

PUEBLA.

Fuí su primera grey: aun me imagino
Ver el óleo correr sobre su frente,

Cuando vestido de oro refulgente
Uniera su destino á mi destino.

Aun me parece, con ardor divino
Verlo empuñar el báculo valiente,
Y la cabeza herir de la serpiente
Que audaz se atravesara en su camino.

¡Ay! Lo miro también, en duro hierro
Trocar, nuevo Crisóstomo, sus glorias
Y de mi templo abandonar el atrio;

Mas no para morir en el destierro,
Sino, tras largas luchas y victorias,
Poderoso volver al suelo patrio.

Avanza **GUADALAJARA**, rodeada de sus sufragáneas SINALOA,
COLIMA, SONORA, DURANGO, ZACATECAS y LINARES, acompañadas de
sus respectivos ángeles, y dice:

No me quiso inferior á la que brilla
Tanto por Él, Iglesia Mexicana:
Á la que su hija fué, llama hoy hermana,
Y á rango arzobispal alza mi silla.

La que mi frente ornó mitra sencilla,
Con corona de perlas engalana;
Y con mis sufragáneas vengo ufana
Á doblar á sus plantas la rodilla.

Sinaloa, Colima, la Sonora,
Durango, Zacatecas y Linares,
Mis hermanas ayer, mis hijas hora,

Sus montes abandonan y sus mares;
Y al buen Pastor á quien la Iglesia adora
Vienen á acompañar á los altares.

Avanza **YUCATAN**, teniendo á su lado á OAXACA y á CHIAPAS con sus respectivos ángeles, y dice:

Á sus hijas mirad. ¡Cuántos favores
En torno de su mesa recibimos,
Cual de la vid los pálidos racimos,
En las antiguas viñas de Dolores!

Hoy, sus caminos á sembrar de flores
Desde el lejano litoral venimos,
Y á recoger ansiosas los opimos
Frutos de sus espléndidas labores.

Avanza **LEON** rápidamente rodeada de QUERETARO, VERACRUZ, TAMAULIPAS, TULANCINGO, CHILAPA, TABASCO y SAN LUIS POTOSI, y termina el soneto:

También sus hijas somos: la existencia
Debemos al Pastor, que largos años
Nos conservó la sabia Providencia.

Es nuestro su cayado; y no en extraños
Apriscos, vienen hoy á su presencia
La gramilla á pacer nuestros rebaños.

Se retiran y baja el Angel de la Arquidiócesi de México del lugar donde ha estado, al lado del de la Nación. Para mejor recitar podrá clavar su estandarte en el suelo, ó dejarlo del todo, una vez que el público haya visto el nombre de la Iglesia que guarda.

EL ÁNGEL DE MÉXICO.

¿Quién más que yo, del Arzobispo insigne
Contar podrá las prendas y el acierto?
Mi rota nave va llevando al puerto
En medio del indómito Aquilón.

Y aunque el casco las olas agujeran
Ni el rumbo tuerce, ni la marcha pára;
Las averías pródigo repara
Sin soltar impertérrito el timón.

Los que admiráis la dulce mansedumbre
Con que el crimen soporta y la injusticia,
Su valor no olvidéis, ni su pericia:
Él supo, cuando quiso, batallar.

Él esgrimió su báculo, guerrero,
Sin humillar ante el poder la frente:
La Santa Iglesia defendió valiente,
Y cayó, la rodilla sin doblar.

El rayo espiritual luego soltando,
Sobre el enfermo plácido se inclina,
Y cura con celeste medicina
La misma llaga que su fuego abrió.

Contra su seno al pecador estrecha
Y de Jesús siguiéndo el dulce ejemplo,
Con fuerza irresistible atrae al templo
Aun al que su dintel jamás cruzó.

En llanuras, en montes, en ciudades,
Ved cómo los santuarios multiplica,
Y soberbia Basílica edifica
A nuestro protomártir japonés.
Para el trono sin par que en Guadalupe
Su mano eleva á la gentil María,
Ya sus estatuas el Romano envía,
Sus ricos artefactos el Francés.

¡Con qué cuidado en el naciente clero
Con el ingenio la virtud cultiva!
¡Con cuánto celo la piedad aviva
Del anciano Ministro del Señor!
¿Quién solicita su favor en vano?
¿Quién no recibe si la mano tiende?
Sobre el amigo y enemigo extiende
Sin distinción, su manto protector.

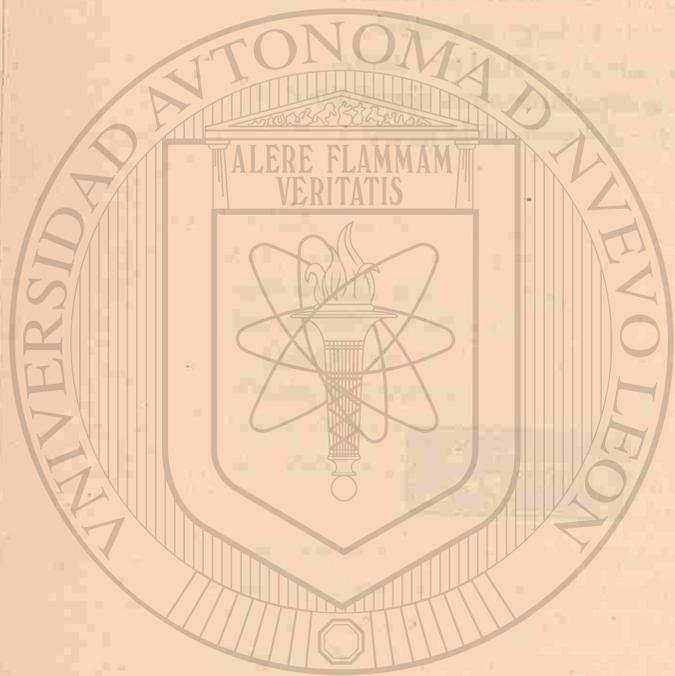
Mirad en torno la falange bella
Que se presenta á su pastor delante
Ufana tremolando la triunfante
Enseña del Sagrado Corazón.

Humilde y diminuta se movía¹
Cuando llegó á la playa mexicana.
Merced á su favor, hora lozana
Se ostenta al mundo, y nómbrese *legión*.

¹ Si se quiere, y lo permite el local, podrían aparecer en lontananza,
llegando á Veracruz en un bote, las tres primeras damas del Sagrado Co-
razón que llegaron al país.

Acepta ¡oh Padre! de tus fieles hijas
Los que te ofrecen, cariñosos dones:
Acepta sus amantes corazones
Que tan bien has sabido conquistar.
Los años de tu largo sacerdocio
Su inextinguible gratitud no cuenta;
Quieren acompañarte otros cincuenta
En derredor del encendido altar.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BRINDIS

RECITADO EN EL BANQUETE DADO POR EL
SR. ARZOBISPO EL DÍA DE
SU JUBILEO.

Desterrado, en el suelo Britano
¡Oh Pastor! te acogí tierno niño;
Á la Eterna Ciudad, mi cariño
Me llevó de tus huellas en pos:
Y en el día que el pueblo cristiano
Fiel consagra á Lorenzo el levita,
Me impusiste la mano bendita
Que me hiciera Ministro de Dios.

Ofrecí mi primer sacrificio
Sobre el cuerpo de Ignacio glorioso:
Allí estabas, Pastor bondadoso,
De rodillas al pie del altar.

Con el óleo (sin par beneficio)
Mi cabeza bañó Pío nono;
Allí estabas, en frente del trono
En que quiso á su siervo sentar.



Á tu lado pisé muchas veces
De las cortes las ricas alfombras;
Muchas veces del bosque en las sombras
Cariñoso tu llanto enjugué.

Hoy que anciano la víctima ofreces,
Tantos años tu amparo y tu guía,
Á la tuya uniré la voz mía,
Y contigo al altar subiré.

Á aceptar tu bondad no se niegue
Una prenda de dulce esperanza,
Y á la par, de antiquísima alianza
Y acendrado cariño filial.
Trasladar á tu dedo te plegue
El que adorna mi dedo, sencillo,
De oro puro finísimo anillo,
De fe sello y de amor pastoral.

De diamantes fulgente corona
En él cerca la imagen sagrada
De la Virgen que, nunca manchada,
La serpiente infernal humilló:
De la Virgen, tu excelsa Patrona,
Que hoy aún ampararte se digna;
Y hace ya medio siglo, benigna,
Tu feliz sacerdocio inició.



DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL COLEGIO
DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS DE MEXICO,
EL 2 DE AGOSTO DE 1891.



ASI se ha convertido en costumbre el que venga yo cada año á la distribución de vuestros premios. Es uno de mis mayores placeres, pues ha sido grande el interés que he tomado desde mis primeros años en las casas del Sagrado Corazón de Jesús. Mayor ha sido este interés desde que se establecieron sus colegios en la República Mexicana; y bien sabéis que miro sus casas cual si fueran mías propias, y considero á todas sus socias co-

mo miembros de mi propia familia. Grato me es, por tanto, asistir á sus fiestas ya sea como simple espectador, ya presidiéndolas bien por derecho propio, bien por bondad de los Ordinarios y superiores.

Hace dos años, ¿recordáis? os dirigí la palabra á nombre de vuestro Prelado enfermo; y hace uno solo que escuché de sus labios venerados el tierno discurso que pronunció, consagrando, si no yerro, el último de sus trabajos oratorios. Este recuerdo, fresco aún en nuestra memoria, me obliga naturalmente á hablaros del Padre que acabamos de perder y á hacer reminiscencias de sus relaciones con el Sagrado Corazón y de los favores que le prodigó hasta su muerte.

¿Quién no ha oído hablar de ese famoso Colegio que se eleva sobre pintoresca colina en los suburbios de Nueva York? *¿En los suburbios, digo?* En el centro está ahora y con sus terrenos muy disminuidos; pero hace treinta y tres años se hallaba todavía en las afueras de la gran Metrópoli, y sus parques, grandes ahora, eran entonces vastísimos, su jardín extenso y ameno y su soledad deliciosa. En un pabellón cercano al grandioso edificio, sombreado por los árboles y embalsamado por las flores, recibió seis meses generosa hospitalidad el Illmo. Sr. Labastida,

Obispo entonces de Puebla, y alejado de su patria por las convulsiones políticas

Con frecuencia hablaba el difunto Prelado de esa época de su vida, cuyas amarguras supieron templar de tal suerte las Superiores del Sagrado Corazón, que su destierro se trocó en agradable residencia. En su capilla celebraba diariamente el Santo Sacrificio, y podía ver la piedad y recogimiento de superiores y alumnas, á pesar de no pertenecer muchas de éstas á nuestra Iglesia Católica. Tuvo tiempo de observar la solidez de la educación que allí recibían las niñas de la vecina República, y la profundidad de la instrucción que se daba en ese plantel modelo. Se llegó á convertir él mismo en discípulo, y recibió lecciones de idioma inglés de una distinguida profesora á quien habéis en los últimos años conocido y amado.

No se engañó el docto Prelado al pensar que una educación semejante tenía que influir en los destinos de todo un país, y que las niñas salidas de tal establecimiento serían capaces de regenerar la sociedad entera, de arraigar la piedad, de infundir la cultura, de propagar la Religión. Treinta y tres años han pasado desde entonces, y es increíble la influencia que las casas del Sagrado Corazón han tenido en el refinamiento que se nota en la sociedad católica

y aun protestante de los Estados Unidos y en la prosperidad del catolicismo.

Con razón desde aquel tiempo pensó que la fundación de casas semejantes en México, contribuiría en gran manera al bienestar de la República. Siempre fué su intención el fundarlas, y dondequiera que iba visitaba los colegios del Sagrado Corazón y hablaba de su proyecto favorito. Pero como acaeció con casi todos sus planes, pasaron años y años sin poder realizarlo, y ya casi lo había olvidado, cuando la Providencia, por inesperados caminos, le permitió ver logrado el objeto de sus tiernas esperanzas.

Ya en otra ocasión, en una de vuestras casas, he comparado á aquella barquilla, que sin remos ni vela, condujo á las playas de Marsella á Lázaro y á sus hermanas Marta y María, el barco que trajo al poco seguro puerto de Veracruz á las tres fundadoras de este plantel hoy tan floreciente. Aunque temerario á los ojos del mundo, fué providencial su inesperado arribo.

¿Necesito recordaros el amor y la exquisita bondad con que las acogió el llorado Arzobispo; la paternal benevolencia con que proveyó á sus necesidades; el tino exquisito con que venció los obstáculos que á su permanencia se oponían; la generosidad con que cooperó á la fundación y sostenimiento del colegio? ¿Quién de vosotras

será capaz de olvidar la santa familiaridad con que venía todas las fiestas, y cual un padre en medio de sus hijas, leía los sermones que iba á predicar ó había predicado en su Basílica? ¿Cómo podrá borrarse de vuestra memoria la habilidad y entereza con que más de una vez alejó los golpes que se os asestaban?

Al rendirle en nombre vuestro este tributo fúnebre, permitid que complete el elogio que no ha mucho tiempo pronuncié en honra suya, dándoos á conocer un beneficio póstumo hecho á la Iglesia de la República Mexicana por el último Arzobispo de su Capital.

Cuando Bossuet predicó su admirable discurso sobre la unidad de la Iglesia, quedó sobrecogido de estupor á la vista del brillante episcopado de la Iglesia de Francia, reunido en imponente asamblea. Se le figura ver la multitud de los antiguos israelitas atravesando el Desierto, "siempre rodeada de enemigos y marchando en orden de batalla, sin habitar más que bajo sus tiendas; siempre dispuesta á levantarlas y á guerrear; extranjera en el suelo que pisa y sin vínculos que la unan á la tierra; que lanza sobre cuanto ve una mirada fugaz sin que quiera detenerse en ningún sitio, y sin embargo feliz en esta situación, tanto por los consuelos que recibe en el viaje, como por el reposo que aguar-

da en la tierra prometida." La compara con esa porción ilustre de la Iglesia Católica que allí contempla adunada, con sus pontífices llenos de ciencia y de virtud, apacentando rebaños fieles y piadosos, siempre dispuestos á combatir por la fe y á dilatar el reino de Dios. Absorto queda admirando en espíritu la figura, en realidad la Iglesia por Israel prefigurada, y exclama arrebatado de entusiasmo como Balaam en otros días: ¡cuán bellas son tus tiendas, oh Jacob, cuán hermosos tus pabellones, afortunado Israel; *quam pulchra tabernacula tua Jacob, et tentoria tua Israel!* ¡Cuán bella es esta Iglesia de mi patria, fuerte y robusta porque unida á la silla de Pedro, llena de ciencia y de virtud, de valor y constancia, siempre ordenada en batalla, siempre aparejada á la lucha!

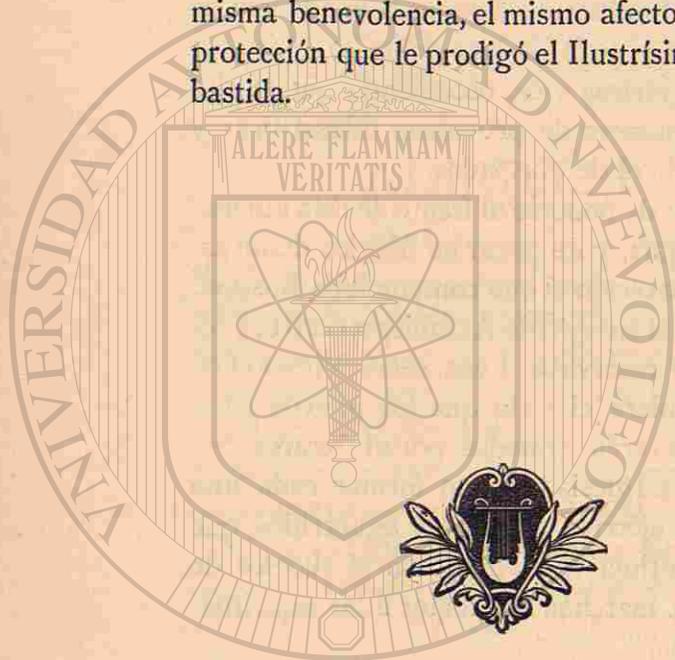
Tal fué el espectáculo que para México soñó desde sus primeros días de episcopado el Illmo. Sr. Labastida; y apenas tuvo alguna influencia en la Corte Romana, la empleó toda en pedir que se erigieran nuevas sillas episcopales y metropolitanas. Pensó primero en su Puebla querida y en su Zamora, aunque para la primera no obtuvo el rango de Metropolitana que al principio deseaba. Espléndido fué el resultado de la primera multiplicación de diócesis y metrópolis el año de 1863. Tristes circunstancias

hicieron menos provechosas algunas otras después erigidas, y esto desanimó no sólo á los de sentir contrario, sino al mismo emprendedor Prelado. No obstante, á pesar de lo adverso de los tiempos y de lo dudoso del éxito, quiso coronar su gloriosa vida, obteniendo que se duplicara el número de provincias eclesiásticas y aumentando el de obispados.

El honor de ponerse al frente de esta aumentada jerarquía, y de gozar en México de un espectáculo parecido al que contemplaba Bossuet, no lo logró el lamentado Arzobispo; pero la Providencia lo reservaba á vos, señor Vicario Capitular. Quiera el cielo que los nuevos jefes, que pronto serán armados por el Jerarca Supremo de la Iglesia, puedan formar cada uno cuerpos de ejército valientes y aguerridos, que en unión íntima con vos y con el sucesor de San Pedro, marchen sin temor á las espirituales batallas.

El Sagrado Corazón de México, que fué el primero en saber la fausta noticia, es también el primero en felicitaros por haber sido llamado á ser el Pastor de esta importante grey, en cuyo gobierno mostraréis de seguro la misma varonil entereza con que inaugurasteis vuestras funciones, insepulto aún el cadáver de vuestro venerable predecesor. Yo os recomiendo ésta,

que por bondad suya y por los antiguos vínculos que con ella me ligan, puedo llamar mi familia, y á quien á nombre vuestro prometo la misma benevolencia, el mismo afecto, la misma protección que le prodigó el Ilustrísimo Sr. Labastida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PLEGARIA

LEIDA EN LA VELADA LITERARIA CELEBRADA POR EL
CIRCULO CATOLICO DE MEXICO, EL 9 DE
DICIEMBRE DE 1889.

"Exaudi Christe, Pelagio vita."
S. AGUSTÍN, Ep. 213.

¡Oh Señor! No permitas que el Piloto
Que prudente gobierna nuestra nave,
Antes que cese de soplar el Noto
Su carrera mortal rendido acabe.
Del errante bajel el casco roto
Él solo encaminar al puerto sabe,
Aunque todas sus velas, á girones
Redujeron los recios Aquilones.

Ten piedad ¡oh Señor! de la que fuera
Reina una vez, Iglesia Mexicana,
Y ahora gime esclava y prisionera
Como en cerrado harem infiel sultana.

Sus grillos dora la Impiedad artera;
Con falsos oropeles la engalana;
Hasta su justo llanto le da enojos
Y seca con el látigo sus ojos.

En tamaña aflicción, sólo á una mano
Es dado sostener su mustia frente;
Sólo á un privilegiado Cirujano
Que sus heridas lave se consiente;
Sólo á una voz, de encanto sobrehumano,
Á la infernal hipócrita Serpiente
Es dado fascinar con dulce acento
Y repeler su emponzoñado aliento.

¡Ay si esa mano á retirarse llega!
¡Ay de nosotros si esa voz se apaga!
¡Ay si la muerte al Cirujano siega
Ó al experto Piloto el ponto traga...!
Tu pueblo fiel rendido te lo ruega
En medio del placer que hora lo embriaga:
Libértanos, ¡oh Cristo! del naufragio
La vida conservando al gran Pelagio.

ERRATAS NOTABLES Y NOTADAS.

PAGINAS	LINEAS	DICE:	DEBE DECIR:
17.....	3.....	levítita.....	levítica
40.....	16.....	solo.....	sólo
42.....	15.....	recién nacido.....	recién electo
51.....	10.....	Empresa.....	empresa
56.....	11.....	ed.....	de
60.....	26.....	<i>quoniam</i>	<i>quoniam</i>
63, en el epígrafe, traducción castellana, dice quinquagésimo: debe decir quincuagésimo:			



UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

B
M
C
1